

## NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE INSURGENTES APODADOS

### Presentación

El historiador zacatecano Elías Amador publicó en 1910, Centenario de nuestra Independencia, en artículos sucesivos y en los Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, un documentado trabajo que tituló *Noticias biográficas de insurgentes apodados*, el cual reprodujo en 1946 la Secretaría de Educación Pública en su Biblioteca Enciclopédica Popular número 125.

Aquella edición tenía la siguiente presentación:

Parece pertinente reproducir hoy, reducido a las proporciones de estos volúmenes, el trabajo del señor Amador. No sólo los próceres que nos dieron nacionalidad merecen nuestra veneración. También debemos recordar a los humildes hijos del pueblo, que, poseídos del más puro patriotismo, lucharon por la libertad y regaron con su sangre los campos de batalla. Entre los insurgentes apodados figuran, además, personalidades eminentes, como el mismo Padre Hidalgo, don Pedro Moreno, don Hermenegildo Galeana y don Miguel Ramos Arizpe, etcétera.

### Elías Amador (1848-1917)

Nació en Pozo Hondo, Villa de Cos, Zacatecas, y murió en la Ciudad de México. Liberal, adolescente aún, combatió la Intervención Francesa y el Imperio, guerra en la que obtuvo el grado de coronel. Convertido al protestantismo, colaboró en el periódico la *Antorcha evangélica*; identificaba al clero como el partido conservador, por lo cual lo hizo objeto de una crítica persistente en *El Demócrata*, *El pueblo liberal* y *El Centinela*.

También escribió para publicaciones satíricas (*El Leperito* y *El Peladito*) con el seudónimo de Antipaz o con el anagrama Ismael O. Rada. Fue director del

*Periódico oficial de Zacatecas*; y diputado federal por su estado en 1911. En la capital del país se encargó de las publicaciones del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía; autor de *Un bosquejo histórico de Zacatecas* en tres tomos, el primero de los cuales apareció en 1882. Escribió también artículos, ensayos y revistas en *Anales del Museo Nacional*. Entre los que destaca *Los caudillos de la Independencia ante el patíbulo*. Fue director del Museo Nacional de México en 1916-1917.

FUENTE: *Enciclopedia de los municipios de México, estado de Zacatecas*, Centro Nacional de Estudios Municipales de la Secretaría de Gobernación, México, 1987.

## INTRODUCCIÓN

Los primeros historiadores que se ocuparon de la guerra de Independencia, como don Carlos María de Bustamante, don Lucas Alamán, Fray Servando Teresa de Mier, don Lorenzo Zavala y algunos otros, así como los que a éstos sucedieron en épocas posteriores, consignan noticias relativas a varios insurgentes que aparte de sus nombres propios tenían algún apodo o sobrenombre; pero solamente nos han hecho conocer las hazañas y los servicios patrióticos de los más populares y notables de esos insurgentes, entre los que figuran El Manco Albino García, El Jiro, Buen Brazo, Cabo Leyton, Salmerón, Huacal, El Angloamericano, Chito Villagrán, El Pípila, Juan Cureña, Los Pachones, el Padre Chocolate, La Corregidora, La Generala, La Capitana y algunos otros; pero han dejado en el olvido a la mayor parte, ya sea porque dichos historiadores no dispusieron de datos suficientes para aumentar el número de los patriotas que llevaban apodos, o bien porque les pareció de poco interés el papel que representaron en el campo de la borrascosa lucha insurgente.

Nuestro objeto, pues, al escribir estas páginas, es dar a conocer la participación que en esa lucha tuvieron muchos de esos patriotas partidarios y defensores de la justa causa mexicana. Este trabajo es indudablemente incompleto, tanto por las noticias que corresponden a cada uno de los personajes que figuran en él, como porque dentro del número de ellos tal vez no aparecen todos los que justamente debían aparecer; pero debemos asegurar que nuestras investigaciones han sido prolijas y empeñosas, a fin de reunir cuantos datos pudieran proporcionarnos para llenar nuestro objeto, las historias y los documentos que hemos consultado. Sin embargo, si estos apuntes resultan trancos o deficientes, no por eso carecen de algún interés, supuesto que, como antes se ha dicho, las historias referentes al periodo de la guerra de

Independencia no nos han transmitido los nombres ni los hechos de muchos servidores de la patria, que, perteneciendo al grupo de los conocidos con un segundo nombre, supieron luchar y sacrificarse por ella. No importa que la mayor parte de ellos hayan sido de origen bajo o humilde, o que, despojados de cultura y de sentimientos humanos y nobles, hayan ejecutado acciones reprobadas y aun criminales. El hermoso suelo patrio ha sido siempre y es el legítimo patrimonio de todos los que en él han nacido; y defender ese suelo, para librarlo de tiranos y de extranjeros invasores, es un deber imprescindible y sagrado que obliga a todos los mexicanos. No es extraño, por lo mismo, que entre el crecido número de los que se lanzaron al campo de la guerra para darnos libertad, hayan figurado hombres de costumbres inmorales, de criterio pervertido, de instintos salvajes y de inclinaciones malvadas. La culpa no fue de ellos, sino de los que, habiendo hecho pesar durísimo yugo sobre el pueblo esclavizado, no supieron o descuidaron educarlo para la vida de la verdadera civilización, sacándolo de la degradante ignorancia y de la lastimosa oscuridad intelectual en que lo mantuvieron durante tres centurias.

Así es que los excesos y los delictuosos actos que esos hombres consumaron en nombre de una noble y justa causa fueron el forzoso resultado de la ignorancia, de la falta completa de educación moral y del frenético deseo de vengar los odiosos ultrajes y las injusticias cometidas contra los derechos naturales y políticos de un pueblo envilecido y duramente subyugado.

Es preciso reconocer que las revoluciones casi siempre se desarrollan en medio de borrascosas turbulencias, de sangrientas represalias, de inevitables venganzas, de incendios, de pillajes, de desastres y de todo el cortejo aterrador que acompaña a esas revoluciones o que surgen de su alborotado seno.

Además, los errores, los extravíos, las faltas o la punible conducta de muchos insurgentes, no deben recaer sobre la justa y salvadora causa que ellos defendieron, ni mucho menos mancharla, porque ella no autorizaba los males

que en su nombre se cometían, ni sus benéficas tendencias eran la perversidad y el crimen.

No; el lodo no puede manchar al diamante, como atinadamente lo expresan los siguientes versos:

*Puede una gota de lodo  
sobre un diamante caer;  
puede también de este modo  
su fulgor obscurecer.  
Pero aunque el diamante todo  
se encuentre de fango lleno,  
el valor que lo hace bueno  
no perderá ni un instante,  
y ha de ser siempre diamante  
por más que lo manche el cieno.*

Por otra parte, es preciso advertir que no todos los insurgentes que figuran en estos apuntes han sido acreedores a la severa censura con que la historia ha tratado a los verdaderos culpables o perversos. Muchos de esos insurgentes fueron no sólo leales defensores de la Independencia y excelentes patriotas, sino también héroes y mártires, cuya memoria debe ser siempre respetada y querida para nosotros. Y si hemos reunido en un solo grupo a unos y a otros, es porque todos cooperaron a la salvación de la patria, prestándole más o menos interesantes servicios. Por esto es que no hemos considerado una mengua para la ilustre Corregidora colocar a su lado a la humilde y anciana Madre de los Desvalidos, porque ésta, sirviendo de correo y proveedora de víveres a los insurgentes, fue tan buena patriota como aquélla salvando de un desastroso fracaso la revolución iniciada por Hidalgo y por Allende. La Gabina, la Mar [sic] y

las Once Mil Vírgenes, no son menos acreedoras a figurar al lado de La Generala, Antonia Nava, y de La Capitana, Manuela Medina; y en cuanto a los varones, los hubo también que se distinguieron por su ardiente patriotismo, por su lealtad y constancia, y por tanto, son dignos de que sus nombres no queden olvidados en las páginas de nuestra historia.

Por lo demás, el hecho de que se les haya designado con vulgares y burdos apodos, no constituye una deshonra, porque la costumbre de aplicarlos ha sido y es muy común en todas las naciones, y ella ha penetrado aun en los brillantes palacios de los reyes, pues la historia nos enseña que hubo entre ellos un Federico Barbarroja, un Ricardo Corazón de León, un Carlos el Calvo, un Enrique el Negro, un Carlos el Tartamudo, un Felipe el Hermoso, un Pedro el Cruel, una Juana la Loca y otros a quienes el vulgo malicioso, ocurrente y observador ha bautizado con esos sobrenombres.

Perdonemos pues, los defectos y los errores de nuestros insurgentes apodados y reconozcamos con gratitud los patrióticos servicios que supieron prestar a la causa de la Independencia mexicana.

*Elías Amador*

**ANGLO O ANGLOAMERICANO, EL. José Güemes.** Indudablemente se había adherido a la causa de la insurrección desde fines del año de 1810, pues el mismo Güemes asegura en una carta que escribió desde Jerécuaro al cura don Rafael Gil de León, que había sido herido y hecho prisionero en la batalla de Las Cruces, de donde lo condujeron a México.

Decía también al citado cura que hasta abril de 1811 se había encontrado en once batallas, y que estaba resuelto a no envainar la espada hasta tomar venganza de las tiranías de que había sido objeto su pobre familia.

Antes de haberse adherido a la causa insurgente, pertenecía a las tropas del coronel realista don Torcuato Trujillo, y se dice que fue de los instigadores de los asesinatos cometidos en la Alhóndiga de Guanajuato, el 24 de noviembre de 1810.

El lego fray Luis Herrera, que ocupó a San Luis dos o tres días después de entrar allí El Anglo, desocupó la ciudad porque no pudo resistir en ella a las tropas realistas que la amagaban, y se retiró rumbo a Río Verde.

En esta expedición lo acompañaba El Anglo; pero como el referido lego fue capturado y pasado por las armas en la villa de Aguayo, José Güemes se volvió a internar en la provincia de San Luis Potosí, con muy poca gente, pero sin desmayar en su patriótico propósito de combatir a los enemigos de la causa mexicana, pues en abril de 1811 recorría algunos lugares de aquella Provincia, habiendo entrado en el pueblo del Armadillo, de donde extrajo una partida de caballos mansos para aumentar su guerrilla; pero tenazmente perseguido por las tropas realistas, se vio obligado a dirigirse al Bajío, donde en combinación con Albino García, Salmerón, Los Pachones, Cleto Camacho y otros afamados insurgentes, siguió combatiendo en favor de la Independencia.

En mayo de 1811 intentó entrar en Guanajuato, unido con los sacerdotes insurgentes fray Santiago Rodríguez y el padre Rafael García, conocido por Garcillita; pero no habiendo logrado ocupar aquella plaza, se retiraron, y pocos

días después los derrotó en La Calera el coronel don Miguel del Campo.

**AMO, EL. José Antonio Torres.** Oriundo de San Pedro Piedra Gorda en el estado de Guanajuato. Hallábase en Guanajuato este ilustre caudillo, cuando se le presentó don José Antonio Torres a ofrecerle sus servicios, que fueron desde luego aceptados, confiriéndole la comisión de que fuera a insurreccionar la parte sur de la provincia de Jalisco; y en verdad que el cura Hidalgo no pudo haber hecho mejor elección para encender el fuego de la libertad en aquella comarca, pues don José Antonio logró en muy pocos días reunir alguna gente, con la cual empezó a expedicionar desde Arandas hasta La Barca, Jamay, Mezcala, Colima, Sayula, Chapala, Zacoalco y otros lugares, donde se produjo una rápida conflagración en favor de la Independencia, pues de la misma ciudad de Guadalajara salían muchos patriotas a militar en las filas del modesto hijo de San Pedro Piedra Gorda.

Las autoridades realistas de Guadalajara, seriamente alarmadas con los notables progresos que la revolución había logrado en aquel rumbo, hicieron que don Tomás Ignacio Villaseñor, con una fuerza de 500 hombres, se dirigiera a batir al jefe insurgente, que se hallaba en Zacoalco dispuesto a esperar a las tropas del rey, las que sufrieron allí una completa derrota, en la que perecieron muchos jóvenes pertenecientes a distinguidas familias de Guadalajara, quedando prisioneros el mismo Villaseñor y la mayor parte de su tropa. Este brillante triunfo, que dio gloria y renombre al caudillo Torres, le abrió a la vez las puertas de la capital de Nueva Galicia, adonde entró el 11 de noviembre de 1810, en medio de la ruidosa y entusiasta recepción que le hicieron las corporaciones civiles y eclesiásticas.

La favorable tregua de que pudo disponer el cura Hidalgo en Guadalajara, y que consagró principalmente a reforzar su mermado ejército, fue debida al buen éxito de la breve, pero gloriosa campaña del infatigable y valeroso don José

Antonio Torres, quien después de la desgraciada batalla del Puente de Calderón, siguió a los caudillos insurgentes en su deplorable éxodo rumbo al norte.

Don Ignacio López Rayón había quedado con alguna fuerza en el Saltillo, y como dicho jefe, después de la captura de Hidalgo y sus compañeros en Acatita de Baján, emprendió una marcha retrógrada desde aquella ciudad para dirigirse al interior del país a reanudar la lucha contra los realistas, tocó a don Antonio formar parte de esa atrevida y peligrosa expedición, durante la cual ocurrieron los memorables combates de Piñones, Zacatecas y El Maguey, en los que dicho jefe se batió con su acostumbrado arrojo y denuedo, particularmente en Zacatecas, donde don Ignacio Rayón le encomendó el asalto a la formidable posición del cerro del Grillo.

Don José Antonio Torres no contaba con artillería para batir ventajosamente dicha posición, y así se lo mandó decir al jefe del ejército insurgente, quien le contestó previniéndole que la tomara del enemigo. Esta contestación enardeció el ánimo del intrépido Torres, y sin esperar más, hizo que sus soldados emprendieran el ataque; trepando la abrupta montaña hasta llegar a los parapetos de los realistas donde trabaron con ellos una lucha sangrienta y obstinada que terminó con la completa derrota de los defensores del Grillo (abril de 1811).

Al día siguiente, toda la ciudad de Zacatecas había quedado en poder de los vencedores insurgentes.

Pocos días más tarde, el general Rayón era derrotado por el coronel Emparán en el rancho del Maguey, y este inesperado desastre obligó al caudillo insurgente a retirarse a Michoacán, en donde, a fuerza de constancia y de nuevos esfuerzos y sacrificios, consiguió reparar los trastornos sufridos, haciendo que la insurrección se presentara pujante y formidable. Y en esta tarea patriótica y azarosa tuvo importante participación don José Antonio Torres, quien

algunas veces vencedor y otras vencido, pero siempre infatigable y animoso, ayudó eficazmente a aquel caudillo cuando, después del combate ocurrido en La Tinaja, en el que fue herido y vencedor dicho Torres, se le confió el mando militar de los distritos de Pátzcuaro y Uruapan, donde había logrado situarse y proveerse de alguna artillería para batir al brigadier don Pedro Celestino Negrete, con quien trabó reñido combate en Tlasasalca, el mes de enero de 1812, habiendo sufrido completa derrota el jefe insurgente, quien fue hecho prisionero en Palo Alto, cerca de Tupátaro.

Grande fue el regocijo de los enemigos de la patria con motivo de la valiosa presa adquirida en Palo Alto; pero mayor fue la infamia que cometieron con el indomable insurgente, cuya generosidad había respetado las vidas y los intereses de sus enconados contrarios. Así es como don José Antonio Torres fue inicualemente sacrificado en aras de la más negra y repugnante venganza.

**ARRIEROTE, EL. Pedro Rosas.** Originario de Cocula y de oficio agricultor. El gobernador indígena de Zacoalco, Juan Chango, tan pronto como estalló en aquel rumbo la insurrección, organizó una junta de veinte principales de dicho pueblo, con el fin de ofrecer ayuda de gente al caudillo don José Antonio Torres que se hallaba en Sayula; y entre los que se alistaron con tal objeto, se contaba Pedro Rosas (alias Arriero), quien fue a unirse al referido Torres en Sayula, habiéndolo comisionado desde luego como explorador para que vigilara los movimientos de las tropas enemigas, y en ese tiempo lo comisionó también para ir a entregar una carta del mismo Torres al cura de Aqualulco, don José María Mercado, a quien acompañó en su expedición a Tepic y San Blas, y después a Mochitiltic, en cuyo combate le tocó estar, lo mismo que en el de Zacoalco.

En seguida pasó Arriero al Real del Rosario, en Sinaloa, donde se puso a trabajar, previo el indulto que le concedió el capitán realista Gantil, después de haber estado allí preso un año (septiembre de 1811).

Escudado con el papel de indulto, regresó a Zacoalco en marzo de 1812, pero como se tenía recomendada su captura, fue aprehendido luego por el gobernador, Agustín Juan, y procesado en dicho pueblo, habiéndosele conducido después a Guadalajara, donde se prosiguió la tramitación de su causa; y como de las declaraciones de varios testigos se aclaró que Pedro Rosas había sido uno de los principales insurgentes promotores de la revolución en Zacoalco, uniéndose al caudillo don José Antonio Torres y al cura Mercado, y además se le acusaba de robos y otras faltas que había cometido antes, el fiscal pidió para el reo la pena de muerte, la que fue aprobada por el jurado, ordenándose que esa pena fuera la de horca, con confiscación de bienes. (Hernández Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo 4, pág. 196.)

**ATOLERO, EL. Andrés Pérez.** Originario de México. El día 8 de agosto de 1814, ocurrió en dicha ciudad un motín o tumulto popular en el barrio de La Lagunilla, provocado contra los europeos por un individuo llamado Pérez (alias El Atolero), quien montado a caballo y en compañía de un camarada de nombre Joaquín, azuzaba al populacho para que los secundaran; y aunque dicho movimiento sólo tuvo las proporciones de un alboroto, El Atolero dio pruebas de valentía, pues se arrojó sobre los artilleros que tenían su cuartel en el Puente de Amaya, intentado lazarlos con una reata. Intervino la fuerza de policía y cesó el escándalo con la captura de Pérez, a quien inmediatamente se formó causa en consejo de guerra; pero logró fugarse de la cárcel, habiendo conseguido reaprehendersele a los pocos días.

El virrey lo había consignado por ocho años al servicio de las armas en el regimiento de Asturias; pero el auditor don Miguel Bataller dictaminó que se le mandara a las islas Marianas a cumplir la pena de ocho años de prisión, lo que fue aprobado después por el virrey. (*C. de I.*, tomo 64, expediente núm. 4.

Archivo General y Público de la Nación.)

**ATOLERO, EL. Pedro Vázquez.** Véase CHALLO.

**BARRABÁS.** Véase RATÓN.

**BARRAGANA, LA.** Se ignora su nombre. Lo único que acerca de esta mujer se sabe, es lo que consta en el siguiente documento:

Haz.dá de la Goleta y Diz.re 29-810 a las 11 de la mañana. S. or Gral. don Antonio Sánchez, oficial de Sillería en la Haz. da de Queréndaro, que ha servido al Rey 20 a. s., acaba de llegar a ésta y declara lo sigte. y aun está pronto a jurarlo: el Ado or de la dha. Haz. da de Queréndaro, despachó ayer mañana a José Ricardo, sirviente suyo, al pueblo de Zinápecuaro, en busca de pan; regresó con el pan a las 11 1/2 de dha. mañana, y dijo el tal Ricardo, que estando él allí llegó a Zinápecuaro una posta despachada por la Barragana, jefe de innumerables indios que trae consigo, y vino diciendo que ayer noche mismo, venia ella con su indiada a campar en Zinápecuaro; que se le dispusiese carne, maíz, y nada más. Que no tuviesen miedo, que no venían, sino a derrotar al ejército de V. S. Esto declara el referido Sánchez, que acompañado del mayordomo de esta Haz da, pasa a presentarse a V. S. para hacer la misma declaración, y yo no quiero dejar de comunicarle esta noticia, sea ó no cierta. —Dios gue. a V. S. m. s. a. s. S-or Gral. —B. L. M. de V. S. su at. o serv. y Capellán. Fr. Antonio del Espíritu Santo. —S. or Gral. Don José de la Cruz.

(*O. de G. de realistas*, Cruz, José de la, tomo 3, f. 228, Archivo General y Público de la Nación.)

**BENDITO, EL.** De este individuo solamente se puede decir que pertenecía a las fuerzas auxiliares del general don José María Morelos, habiendo militado bajo las inmediatas órdenes del sanguinario y afamado cabecilla Miguel Arroyo, con quien tomó parte en un reñido combate contra el brigadier don Ciriaco de Llano, en Tepeaca, el año de 1812, y con el padre Sánchez en Acultzingo, en julio del mismo año.

Después de este hecho de armas le confió al mismo Arroyo la comisión de conducir preso y atado a don Juan N. Rosainz, a quien en esta forma condujo a Tepeji, donde estuvo preso como un mes, hasta que por orden del cura Morelos fue puesto en libertad.

Don Lucas Alamán dice que El Bendito era un temible bandido.

**BOTAS. Máximo González.** Este individuo era oriundo del Real de Borbón, en la provincia de Nuevo Santander (hoy Tamaulipas).

Se le procesó en dicho lugar el mes de enero de 1812, por haber desobedecido una orden de la autoridad, profiriendo expresiones ofensivas, llamando acallejados a varios vecinos, y cuando se le comunicó en nombre del rey, dijo que él no conocía al rey y que deseaba se lo enseñaran. Se le acusó también de haber sido cabecilla insurgente y de no haber solicitado indulto cuando regresó a Borbón.

Botas negó con firmeza esos cargos; pero su tenaz negativa le resultó contraria, porque el brigadier don Joaquín de Arredondo lo condenó a morir ahorcado, sentencia que fue cumplida el 9 de enero de 1812, con las terríficas demostraciones que en tales casos se acostumbraba. (*C. de I.*, tomo 103, expediente número 10, Archivo General y Público de la Nación.)

**BOTAS PRIETAS.** Véase VARIOS.

**BOTERO, EL.** En un parte que el coronel realista don Gabriel de Armijo rindió al virrey desde Tixtla, el 29 de marzo de 1825, relativo al combate que los insurgentes emprendieron sobre Chilpancingo, se dice que murió un capitán llamado El Botero, quien recibió un balazo a quemarropa al asaltar uno de los cuarteles de los realistas.

En el referido parte se dice también que El Botero disfrutaba del concepto de muy valiente desde antes de la insurrección (*O. de G. de realistas*, Armijo, Gabriel, tomo 7, núm. 92, Archivo General y Público de la Nación.)

**BUEN BRAZO O BRAZO FUERTE. Rafael Mendoza.** Este individuo era originario de Zapotlán el Grande, en el estado de Jalisco, de oficio hojalatero, y fueron sus padres José Gregorio Mendoza y Ana Josefa Trejo. Algunos años antes de que estallara la guerra de Independencia había sido soldado del regimiento de la Corona y del de Voluntarios de Cataluña, de los cuales desertó dos veces, por cuyo delito fue juzgado el año de 1779 y remitido al presidio de donde logró fugarse.

Se encontró en la batalla del Monte de las Cruces, dada por el cura Hidalgo a Trujillo. Fue hecho prisionero entonces, pero consiguió que se le pusiera en libertad. Poco tiempo después volvió a servir en el partido insurgente, y don Lucas Alamán nos hace saber que Buen Brazo o Brazo Fuerte, como él lo llama, era presidiario prófugo, y había tomado parte en la conjuración intentada por el licenciado don Antonio Ferrer y otros contra el virrey Venegas, el 3 de agosto de 1811, en la que se encomendó a Mendoza la comisión de asociarse a una partida de salteadores que al mando de Mariano Hernández debía de asaltar la guardia de la Acordada y en seguida poner libres a todos los presos de la ciudad, a efecto de que, con éstos y los Granaderos del Comercio, fuera ocupando el Palacio Virreinal (tomo 2, pág. 359).

Diversos fueron los encuentros de armas en que tomó parte, y uno de ellos fue el del año de 1814, en Zacatlán, de donde pudo escapar de caer prisionero, debido a la astucia y sangre fría para disfrazarse de mendigo tullido, pues de esta manera logró engañar a los soldados realistas y aun obtener de ellos que le dieran algunas limosnas.

Después de tan comprometido y peligroso lance, fue Mendoza a presentarse al general don Ignacio Rayón, quien le confirió el encargo de ir a organizar tropas a Colima y a Zapotlán el Grande; pero antes de marchar para aquellos lugares, anduvo algunos días unido al coronel insurgente don Francisco Domínguez, cuya guerrilla fue sorprendida en Tecamachalco, el mes de octubre de 1814, por el realista don Vicente Furlong, quien hizo a Domínguez algunos prisioneros, contándose entre éstos Rafael Mendoza, cuya captura tan deseada fue un verdadero triunfo para las armas del rey, y como era de esperarse, no le quedaba al intrépido Buen Brazo otra expectativa que la del patíbulo.

**BUEN BRAZO. Pedro N...** Perteneció a las tropas de Manuel de Mier y Terán. Se dice que era oficial de nombradía y que acompañó a dicho jefe en su expedición a Playa Vicente, el año de 1816.

Buen Brazo salió herido en el combate que Mier y Terán sostuvo contra el realista Topete, el 11 de septiembre de dicho año, y murió al día siguiente. (*México a través de los siglos*, tomo 3, pág. 517.)

**CABALLO FLACO.** Era éste un sacerdote insurgente de quien el historiador don Lucas Alamán dice que pertenecía al crecido número de eclesiásticos que, movidos por sus vicios y perversidad, se habían adherido a la causa de la Independencia.

En iguales términos habla dicho historiador de otros sacerdotes conocidos por padre Chinguirito y padre Zapatitos, de quienes no da sus nombres propios

ni refiere hechos que los hubieran dado a conocer en el campo de la insurrección.

Dícese del padre Chinguirito que él fue el primero que comenzó a divulgar la noticia de que los europeos presos en Valladolid, de orden del cura Hidalgo, habían sido asesinados en el punto nombrado Las Bateas.

**CABEZÓN, EL. Gil Saucedo.** Véase CHALLO.

**CABO LEYTON. Rafael Iriarte.** Don Rafael Iriarte se hallaba en el mineral de Marfil, en Guanajuato, antes de que estallara la insurrección, y había sido soldado veterano cuando don Félix Calleja mandaba la 10a. brigada del ejército realista en San Luís Potosí, en cuyo tiempo sirvió de amanuense a dicho jefe, y desde entonces se le conocía ya con el sobrenombre de Cabo Leyton.

Refiere don Agustín R. González en su *Historia del estado de Aguascalientes*, que Iriarte se encontraba en aquella ciudad cuando estalló en Dolores la insurrección, cuya causa abrazó luego, formando un numeroso ejército.

No me ha sido posible encontrar noticias fehacientes acerca del lugar en que Iriarte comenzó la organización de ese ejército; pero sí se refiere en algunas historias que a los pocos días de que Hidalgo proclamó la Independencia, contaba ya con una numerosa fuerza, aunque compuesta de gente sin disciplina, sin orden, turbulentas y armadas en su mayor número con lanzas, machetes y flechas, pues en aquella imprevista chusma andaban más de cinco mil indios que por Huejúcar y Colotlán había reunido el padre don José Pablo Calvillo, con los cuales se reunió una parte del regimiento de Nueva Galicia.

Entre tanto, Zacatecas había secundado el movimiento revolucionario, nombrando al conde de la Laguna, don Miguel Rivero, intendente interino de la provincia; mas como ni él ni las autoridades de la ciudad conocían los

verdaderos fines o tendencias de dicho movimiento, resolvieron comisionar al doctor don José María Cos, cura del burgo de San Cosme (hoy Villa de Cos), para que fuera a conferenciar sobre ese asunto con el Generalísimo del Ejército Grande Americano, don Miguel Hidalgo y Costilla.

El doctor Cos partió sin pérdida de tiempo a cumplir su importante comisión, dirigiéndose a Guadalajara; pero en Aguascalientes se encontró con don Rafael Iriarte, a quien hizo saber el objeto de la citada comisión y las instrucciones que al efecto se le habían dado; y como el cura Hidalgo se encontraba entonces en Valladolid, el doctor Cos entró en explicaciones y en arreglos con Iriarte, resultando de esto que la provincia de Zacatecas, sin escrúpulo alguno, estaba en actitud de adherirse a la causa de la insurrección, y que, por tanto, Iriarte podía ir a aquella ciudad, donde no encontraría ninguna resistencia.

Después de la conferencia que el doctor Cos había celebrado en Aguascalientes con Iriarte, éste se dirigió con su ejército a Zacatecas, a cuya ciudad pudo entrar, el 2 de noviembre, sin que se le hubiera hecho ninguna resistencia y antes por el contrario, se le recibió con muestras de agrado y aun de simpatía, pues se hicieron en su honor varias demostraciones públicas y le fue ofrecido un banquete de cien cubiertos, al que concurrieron muchas personas prominentes y aun algunos sacerdotes.

Iriarte permaneció en Zacatecas pocos días, ocupándose de procurarse recursos y de equipar y aumentar su tropa, aprovechando los buenos elementos que aquella ciudad pudo proporcionarles. Súpose entonces que San Luis Potosí había secundado el movimiento de insurrección y que el caudillo don Ignacio de Allende estaba a punto de ser atacado en Guanajuato por el brigadier don Félix Calleja. Estas noticias obligaron a Iriarte a abandonar Zacatecas, con intención de ir a unirse a Allende; pero en la hacienda de Muleros varió de pensamiento, pues lejos de apresurar su marcha rumbo a Guanajuato, se encaminó a San Luis Potosí, después de haber preguntado a los caudillos insurgentes de aquella

ciudad si podría dirigirse a ella, donde llegó el 16 de noviembre.

Iriarte tomó el rumbo de Ojuelos y allí expidió a fray Juan Salazar un nombramiento de comandante para que levantara gente voluntaria y con ella se le uniera.

El caudillo don Ignacio de Allende había comenzado a desconfiar de Iriarte, pues éste recibía mal que se le viera como a un inferior, y manifestándose descortés con aquel jefe, a quien daba muestras de cierta superioridad, hizo que saliera de sus propias manos la paga de los soldados de Allende, quien temiendo una tropelía de parte del insubordinado Cabo Leyton, marchó a Guadalajara a unirse con el Generalísimo Hidalgo.

A los pocos días, el ejército de Hidalgo era derrotado en el Puente de Calderón, y con el resto de tropa que le quedaba se dirigió a Aguascalientes, donde, según parece, permanecía aún Iriarte, quien siguiendo una conducta voluntariosa y egoísta, no se había preocupado de ayudar con sus tropas a los jefes principales de la insurrección.

De Aguascalientes marcharon Hidalgo y Allende a Zacatecas, acompañándolos Iriarte, quien quedó acantonado con su tropa en la inmediata Villa de Guadalupe.

Los caudillos de la revolución, después de permanecer en Zacatecas algunos días, acordaron marchar rumbo al Norte, dejando a Iriarte en dicha ciudad como para cubrir la retaguardia y con orden de que fuera a incorporárseles en la ruta que seguían; pero el insubordinado cabecilla permaneció en Zacatecas todavía algunos días, y en el ínterin destacó sobre Fresnillo una fuerza al mando de don Mariano Muciño, la que tuvo un encuentro en el rancho de Tapias con otra realista que venía de Sombrerete, al mando de don Pedro Ruiz Larramendi, habiendo sido rechazados los insurgentes que tuvieron que replegarse a Zacatecas.

Entre tanto, el coronel realista don José Manuel Ochoa, avanzó sobre dicha

ciudad por orden del brigadier don Bernardo Bonavía que se hallaba en Durango.

No se puede asegurar acertadamente si Iriarte mismo esperó a Ochoa en Zacatecas, o si aquél se dirigió al Saltillo, dejando a Sotomayor o a Muciño en dicha ciudad; pero lo cierto es que Ochoa atacó a la fuerza insurgente que allí había quedado derrotándola el 17 de febrero 1811, después de una tenaz resistencia.

Los jefes insurgentes derrotados en Zacatecas se dirigieron a Saltillo, y en cuanto a Iriarte, se sabe que Allende, al ir a tomar parte en un combate que se esperaba cerca de aquel lugar, dejó encargados del mando del ejército a don Mariano Arias y al mismo Iriarte en Matehuala.

Como no había ido a incorporarse al Saltillo con Allende, éste, al salir de allí rumbo al norte, y poseído de disgusto y de serias sospechas de infidencia contra Iriarte, dio orden a don Ignacio López Rayón para que lo fusilara en caso de que se le presentase; y como esto aconteció después de la captura de los caudillos Hidalgo, Allende y compañeros en Acatita de Baján, el referido Rayón lo hizo pasar por las armas en Saltillo, en cumplimiento de la orden mencionada.

Lástima es, en verdad, que uno de los primeros que se apresuraron a secundar el glorioso Grito de Dolores, logrando reunir en pocos días, bajo las libertadoras banderas, un numeroso grupo de defensores de la patria, no hubiera sabido guiar a éstos por la senda del orden y del verdadero patriotismo, dándoles personalmente un ejemplo digno y honroso.

Tales son las únicas noticias que he podido adquirir acerca del desgraciado Cabo Leyton, de quien no se sabe de dónde era originario, aunque algún autor supone que lo fue de Zacatecas.

**CADETE, EL. Bernardo Fuentes**, nativo de Tula. Este cabecilla merodeaba con una pequeña tropa por el distrito de Tula y por la Sierra Alta, y como era hombre

valiente y audaz y se le temía porque era carnicero según se refiere en un parte que se rindió al coronel don Cristóbal Ordóñez, se le perseguía tenazmente; pero varias veces logró escapar. El año de 1816 se encomendó al indultado insurgente Epitacio Sánchez la persecución contra El Cadete, habiendo logrado derrotarlo cerca de Tula, pero sin conseguir su captura. Al fin se presentó a implorar la gracia de indulto ante el comandante de Chapa de Mota, don Francisco Manuel Hidalgo, en mayo de 1816.

Estando ya indultado, se le acusó de que, abusando de esta gracia, exigía arbitrarias contribuciones y cometía robos, asesinatos y otros excesos en la Sierra Alta, por lo que le redujo a prisión y se le sentenció a ser pasado por las armas y a que se le cortara la cabeza, la cual se mandaría al pueblo de Santiago Maxdá, para que allí fuera puesta en expectación pública; pero El Cadete, que era hombre astuto y atrevido, concibió la idea de escaparse, fraguando un ardid que pudiera favorecerlo en su intento. Así es que, cuando ya había sido sentenciado a muerte, pidió hacer una revelación importante y reservada, que consistía en asegurar que en un punto inmediato a la hacienda de Chingua había dejado enterrados seis mil pesos en dos costales de cuero.

Esta revelación provocó la codicia o el interés del comandante don Francisco Manuel Hidalgo, quien mandó suspender la ejecución del Cadete, emprendiendo al día siguiente una expedición al punto designado llevándose al referido reo para que señalara el lugar preciso donde estaba el dinero.

Durante la travesía, el astuto Cadete hizo que la tropa realista penetrara en un espeso bosque donde había una profunda barranca, en la cual se precipitó intempestivamente para escaparse; pero un dragón de San Carlos que iba muy inmediato, logró cogerlo y evitar que se fugara.

El mal aventurado Cadete fue fusilado allí mismo, habiéndose colgado su cadáver de un árbol el 10 de junio de 1816. (*O. de G. de realistas*, Ordóñez, Cristóbal, tomo 15, Archivo General y Público de la Nación.)

**CALCETERO, EL.** Véase CALERO.

**CALERO, EL. José Atanasio Murcia**, originario de San Agustín de las Cuevas. (Tlalpan). En el mes de agosto de 1811, fue descubierta en México una conspiración cuyo objeto principal era capturar al virrey Venegas, y según las aclaraciones que respecto a ese asunto se hicieron, resultaron también complicados Atanasio Murcia y un individuo conocido con el sobrenombre de El Calcetero, vecino también de San Agustín, quienes por este delito fueron sentenciados a los trabajos forzados de La Zanja Cuadrada; pero El Calcetero logró fugarse la misma noche de su aprehensión y fue a unirse con los cabecillas González y Alquisiras, que merodeaban por algunos lugares cercanos a México.

El Calero estuvo algún tiempo trabajando en La Zanja; pero de allí logró fugarse y fue también a unirse con el cabecilla Pedro Alquisiras, hasta que, perseguido tenazmente por don Cosme Ramón del Llano, subdelegado de Coyoacán, por don Vicente Lara y por otros realistas, fue aprehendido y se le volvió a procesar en San Agustín de las Cuevas, aunque en el nuevo proceso se le hicieron los cargos de la fuga de La Zanja, así como de haberse ocupado de cobrar peajes por orden de los insurgentes en Cerro Gordo, al fin se dio por compurgado el delito con la prisión sufrida poniéndosele en libertad en octubre de 1815.

El Calero, según declaraciones de él mismo, era pastor o cuidador de cabras. (*C. de I.*, tomo 93, expediente núm. 12, Archivo General y Público de la Nación.)

**CALERO, EL. Agustín Guadalupe Rojas**, originario de Tuzantla, jurisdicción de Zitácuaro. Figuraba como sargento en una guerrilla insurgente y le tocó tomar parte en el primer combate que el brigadier realista Llano dio contra las tropas

del cura Morelos en Cuautla.

Fue capturado en el pueblo de Tetecala, el mes de septiembre de 1812, y se le procesó en Cuernavaca. Le fue negada la gracia de indulto y estuvo preso en la Real Cárcel de México, sin que se sepa cuánto tiempo permaneció en ella. El virrey dispuso que fuera enviado a la Zanja, donde debía extinguir la pena de cinco años de trabajos forzados (*Infidentes procesados*, tomo s/n, años 1812 y 1813, f. 105, Archivo General y Público de la Nación.)

**CAMPANERA, LA. María Andrea Martínez.** Refiere el jefe realista don Manuel Ruiz y Casado, en un parte que rindió al comandante militar de Tlaxcala, don Agustín González del Campillo, que María Andrea Martínez era mujer del cabecilla Domingo Domínguez, quien fue sorprendido y hecho prisionero con cuatro de los suyos en un pueblo denominado Mal País, cerca de Apizaco, por el capitán de patriotas de Huamantla, don José Antonio Dávila (octubre 15 de 1814).

María Andrea Martínez fue también capturada en dicha sorpresa y estuvo a punto de que la pasaran por las armas juntamente con Domínguez y sus cuatro compañeros, que fueron fusilados en Santa Ana Chiautempan; pero habiendo alegado María Andrea la circunstancia de encontrarse grávida, se procedió a hacerle el examen correspondiente; y como el facultativo justificara que en verdad se encontraba en días mayores, se le perdonó la vida, pero no se dice si en cambio se le impuso algún otro castigo.

**CAMPECHANO, EL. José Antonio López,** originario de Campeche. Fue cabecilla insurgente y anduvo bajo las órdenes del caudillo don Juan Pablo Anaya, el año de 1812, con quien concurrió a los combates de Toluca, Tenango del Valle y otros, durante el año mencionado.

El Campechano era decidido y buen patriota, según se deduce de una carta

que desde Jilotla escribió él mismo a don Vicente Beristáin, el 12 de julio de 1812. (*Infidentes procesados*, tomo sin número, años 1812 y 1813, Archivo General y Público de la Nación.)

**CAMPOVERDE. Matías Enríquez**, nativo de Irapuato. Fue soldado en el Regimiento de la Corona, del cual desertó a fines de 1812, para reunirse a las guerrillas insurgentes de Santos Picazo y Matías Ortiz (alias Pachón), a quienes sirvió en calidad de secretario un año y cuatro meses.

Después se puso al frente de una pequeña tropa con la cual militaba a las órdenes del caudillo don Víctor Rosales, el año de 1814, quien le confería comisiones encaminadas a hostilizar por diversos medios al enemigo.

Matías Enríquez se ocupaba precisamente de evitar que los campesinos introdujeran leña al Real de los Pinos, cuando fue sorprendido y capturado por una tropa realista que lo condujo a dicho pueblo, donde lo mandó pasar por las armas el subdelegado don Andrés López Portillo, el 16 de febrero de 1815. (*O. de G. de realistas*, Torres Valdivia, tomo 5, Archivo General y Público de la Nación.)

**CANELERO, EL. Juan Martínez**. Desde el principio de la insurrección anduvo prestando sus servicios en diversos lugares del Bajío, aunque no hay datos suficientes para precisar algunos hechos de su vida como cabecilla insurgente; pero se deduce del parte que el brigadier don Diego García Conde rindió en junio de 1812 al virrey Venegas, participándole la captura y fusilamiento del famoso Albino García, que El Canelero fue uno de los subalternos de éste o al menos uno de sus principales compañeros de armas.

El Canalero, a la muerte de Albino García, quedó al frente de una guerrilla compuesta de cuarenta hombres con la cual siguió combatiendo a los realistas. (*O. de G. de realistas*, García Conde, Diego, tomo 6; f. 169, Archivo General y

Público de la Nación.)

Martínez fue un fiel y constante defensor de la causa insurgente durante mucho tiempo, pues todavía se le encuentra en el campo de la revolución el año de 1820.

El 20 de enero de dicho año, fue batido y derrotado en la Puerta de Andarácua por el sargento realista Joaquín Sierra, de cuyo suceso resultó que Martínez, viéndose ya sin ningún apoyo y tal vez cediendo a las mismas astutas sugerencias o intrigas que se habían puesto en juego para reducir a varios jefes insurgentes, se presentara a solicitar la gracia de indulto ante el comandante don Manuel Bezanilla, en el pueblo de Yuririapúndaro, y como El Canalero era el único cabecilla que merodeaba con una reducida fuerza en aquel rumbo, quedó éste pacificado, según se refiere en el parte respectivo de Bezanilla. (*O. de G. de realistas*, Linares, Antonio, tomo 13, f. 39, Archivo General y Público de la Nación.)

**CANTAREÑO, EL. José María García.** Refiere el doctor Eleuterio González, en su *Colección de noticias y documentos para la historia de Nuevo León*, que el año de 1812, al llegar a la bahía del Espíritu Santo el insurgente don Bernardo Gutiérrez de Lara, jefe principal de la revolución en la provincia de Texas, había comisionado a un tal Garibay y a don José María García, conocido por El Cantareño, para que pasasen a levantar fuerzas y a sublevar las Provincias Internas; pero se ignora lo que en cumplimiento de dicha comisión hayan hecho esos individuos.

**CAPITÁN PEPE. Cayetano Ramos.** El Capitán Pepe perteneció a las tropas insurgentes del caudillo don Víctor Rosales, a quien acompañó algún tiempo en varias expediciones por el Bajío, Aguascalientes, Zacatecas y San Luis Potosí.

El referido Ramos se había separado de las fuerzas de Rosales

aproximándose a Salinas del Peñón Blanco, en San Luis Potosí, con una guerrilla de treinta hombres, a la cual mandó batir el cura realista don José Francisco Álvarez, conocido por el Padre Chicharronero, logrando que el sargento Oteo derrotara a Ramos en la Noria del Tecomate, después de dos horas de reñida lucha, en que murieron trece insurgentes y quedó prisionero dicho Ramos con tres de los suyos, que fueron conducidos a Salinas, donde de orden del cura Álvarez se les pasó por las armas, el 31 de enero de 1815. (*O. de G. de realistas*, Torres Valdivia, tomo 5, Archivo General y Público de la Nación.)

**CASTRADOR, EL. Vicente Gómez.** Se ignora de dónde era originario. Famoso cabecilla de quien se ocupaban con mucha frecuencia los partes de varios jefes realistas, pues Vicente Gómez era uno de los subalternos más importantes del brigadier don Francisco Osorno, aunque algunas veces militaba con don Manuel de Mier y Terán, a quien acompañó, tomando parte en varios combates, cuando dicho caudillo hizo arriesgada y penosa expedición desde Tehuacán hasta Coatzacoalcos y Playa Vicente.

Gómez era hombre activo, osado y valiente; pero como muchos de los de su clase, estaba poseído de un carácter inmoral y de apetitos sanguinarios, que lo hacían temible y repulsivo, pues durante el tiempo que estuvo en las filas de la insurrección, cometía actos verdaderamente atroces, mutilando a muchas de sus víctimas en las partes más delicadas y ocultas del cuerpo, para que los españoles no siguieran propagando su raza, por lo que se le aplicó el vergonzoso apodo de El Castrador.

Los realistas lo perseguían tenaz y encarnizadamente, sin que les fuera posible atraparlo; pero después de la derrota que sufrió don Manuel de Mier y Terán en las Lomas de Santa María, cerca de Tehuacán, Vicente Gómez solicitó indultarse por conducto del obispo de Puebla, cuya gracia fue otorgada, y después de esto se dirigió a dicha ciudad, entrando en ella con sesenta hombres

de su misma gente; pero como sus criminales hechos eran muy conocidos y le habían concitado el odio de muchas personas, el vecindario de Puebla se alarmó bastante con la presencia de Gómez y sus guerrilleros, y por tanto la plebe pedía en ruidoso tumulto la cabeza del Castrador. Fue preciso, para calmar la efervescencia del pueblo enfurecido, poner sobre las armas a la guarnición y hacer salir de la ciudad a Gómez y a su gente, enviándolo a Santiago Culzingo, donde quedó como jefe de una compañía realista (noviembre de 1816).

Después de haber cometido esa inesperada defección, siguió empleando contra los insurgentes la misma conducta sanguinaria y destructora que había observado contra los realistas.

Al proclamarse el Plan de Iguala, volvió Vicente Gómez a prestar sus servicios a la causa de la Independencia en las guerrillas que dependían del caudillo suriano don Vicente Guerrero, y según refiere Alamán, promovió cerca de Puebla una asonada política, el año de 1824. (*Historia de México*, tomo 20, pág. 568).

**CAPITANA, LA. Manuela Medina o Molina**, originaria de Taxco. He aquí lo que acerca de esa entusiasta y valerosa insurgente se refiere en el “Diario de la Expedición del P. S. Morelos, de Oaxaca a Acapulco”, inserto en Hernández Dávalos, de la *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo 5.

Llegó doña María Manuela Molina. India natural de Taxco, Capitana titulada por la Suprema Junta; esta mujer llevada del fuego sagrado, que inspira el amor a la patria, comenzó a hacer varios servicios a la Nación, hasta llegar a acreditarse, y levantar su compañía. Se ha hallado en 7 batallas, y entusiasmada con el gran concepto que al Señor G. (Morelos) han

acarreado sus victorias, hizo viaje de más de 100 leguas por conocerlo, expresando después de lograrlo, que ya moriría gustosa, aunque la despedazara una bomba de Acapulco. ¡Ojalá la décima parte de los americanos tuviera los mismos sentimientos!

El señor González Obregón dice que La Capitana era originaria de Texcoco y que murió en su ciudad natal en marzo de 1822, a consecuencia de dos heridas que recibió en un combate y que la tuvieron postrada año y medio en el lecho del dolor. (*México viejo*, capítulo 23, pág. 238.)

**CARNICERO, EL. Miguel González.** Este cabecilla andaba en el Bajío y fue uno de los que más quehacer dieron a los realistas durante algunos años según se refiere en un documento del Archivo Nacional.

Fue aprehendido por el capitán Llata, el 4 de julio de 1819, y se le formó causa en Salvatierra; pero no se sabe qué castigo se le impuso.

**CLARA.** Véase NEGRITO CLARA.

**COHETERAS, LAS.** Residía en San Luis Potosí a principios del pasado siglo una familia de humilde origen, conocida allí con el apodo de Las Coheteras, cuyos miembros principales eran Jacinto Sánchez, Manuela Niño y María, hija de ese matrimonio.

Esta familia tenía la fama de observar una conducta desarreglada y aun indigna, según se refiere en una carta dirigida desde Querétaro al general don Félix Calleja por don José Ángel María de Yllescas, el 1º de septiembre de 1811.

En esa carta se denuncia el hecho de que en la casa de Las Coheteras verificaban continuas reuniones los legos insurgentes juaninos de San Luis Potosí, los que al fin acabaron por consumir allí, a fines de 1810, el movimiento

revolucionario, encabezado por fray Luis Herrera y fray Juan Villerías.

María huyó en seguida; pero en julio de 1811 volvió a San Luis, sin que se sepa lo que haya pasado con dicha familia después de la denuncia hecha a Calleja. (*O. de G. de realistas*, Calleja, tomo 23, f. 1, Archivo General y Público de la Nación.)

**COJO, EL. Juan Briones.** Véase VARIOS.

**COJO, EL. Magdaleno Medina.** No se sabe de cierto si fue cabecilla que mandaba alguna tropa o simplemente un buen partidario de la Independencia, pues en un parte remitido a Guadalajara al general don José de la Cruz, se dice que Medina sublevó a los habitantes de un rancho llamado El Muerto, cerca de San Pedro (?), para combatir a una pequeña tropa realista que por allí pasaba, a la cual atacaron, haciendo uso de palos y de piedras, pero con tal arrojo y tesón, que hicieron huir a los realistas, hiriendo a varios de ellos (noviembre 24 de 1811).

**COJO, EL. Pedro Trujillo.** En un diario de operaciones militares del comandante de León, don Miguel Ignacio de Béistegui, se refiere que, el 18 de enero de 1820, fue aprehendido El Cojo en unión de Felipe Quiroz, ambos pertenecientes a la tropa de Los Pachones y conocidos como criminales por sus muchas atrocidades. (*O. de G. de realistas*, Linares, Antonio, tomo 3, f. 648, Archivo General y Público de la Nación.)

No se menciona el lugar donde fueron capturados, ni el castigo que se les impuso.

**COLERO, EL. José Antonio Bárcena.** Notable insurgente que con el carácter de coronel militaba en la provincia de Veracruz en las tropas del benemérito

caudillo don Guadalupe Victoria.

Varias veces se hace referencia del mencionado Bárcena, en los partes de los realistas, como un cabecilla astuto, audaz y temible que no cesaba de inquietar a dichos realistas, aun acometiéndolos en algunos lugares bien defendidos, como lo verificó el 23 de julio de 1812, atreviéndose a atacar a la villa de Córdoba, defendida por el comandante don Miguel Paz.

También contribuyó a hostilizar un interesante convoy que en septiembre de 1812 conducía el capitán don Francisco de la Meza a Veracruz, quien sufrió fuertes reveses en Paso del Macho y El Platanar.

**COMANCHE, EL. Miguel Ramos Arizpe**, originario del Valle de San Nicolás, en Saltillo, estado de Coahuila.

Sería preciso escribir muchas páginas para presentar la interesante biografía del doctor don Miguel Ramos Arizpe, distinguido sacerdote, notable defensor de la Independencia y partidario fiel de las ideas liberales; mas como los límites de este pequeño trabajo no permiten extensas reseñas o biografías, nos conformaremos con hacer un resumen de la interesante vida del ilustre eclesiástico, quien justamente mereció, por sus relevantes virtudes públicas, que la historia eternizara su nombre, colocándolo al lado de la brillante pléyade de los hijos más beneméritos de la patria.

Sus estudios para la carrera eclesiástica los hizo con plausible aprovechamiento en Monterrey y en Guadalajara, y en esta última ciudad donde concluyó sus funciones literarias, obtuvo los grados mayores de doctor y licenciado en sagrados cánones.

Muchos fueron los cargos o empleos que desempeñó el señor Ramos Arizpe en la diócesis del Nuevo Reino de León, donde obtuvo por oposición los curatos de Santa María de Aguayo, Real de Borbón, y Güemes y Padilla, habiendo desempeñado antes los empleos de provisor y vicario general, juez de

testamentos y capellanías, promotor y fiscal eclesiástico así como catedrático de derecho canónico y civil en el Seminario de Monterrey.

En México le fue conferido por la Real Audiencia, el título de abogado en leyes, y como su nombre figuraba ya entre los eclesiásticos más ilustrados, amantes de la justicia, laboriosos y de conducta recomendable, lo designó su misma provincia de Coahuila para que fuera a representarla como diputado propietario en las Cortes Extraordinarias de Cádiz, adonde llegó el mes de marzo de 1811.

Después de su regreso de España y como debida recompensa a los valiosos y patrióticos servicios que prestó a su patria en aquel país, fue electo diputado al Congreso Constituyente Mexicano, el año de 1823.

Tomó parte en los trabajos consagrados a la Constitución de 1824; fue oficial mayor del Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos, ministro plenipotenciario para el arreglo de tratados entre México y la República de Chile, individuo del Consejo de Representantes con motivo de las llamadas Bases Orgánicas de Tacubaya, y en abril de 1824 fue nuevamente designado para formar parte del Congreso General de ese año.

Por fin, tras de una vida consagrada durante muchos años al cumplimiento de sus deberes eclesiásticos, y sobre todo, a llenar los que había contraído con la patria, sucumbió el ilustre coahuilense, el 28 de abril de 1843, legando a México un nombre glorioso y una memoria digna del eterno recuerdo de todos sus compatriotas.

**COMINOS. Joaquín Margara.** Era éste un cabecilla insurgente, cuyo nombre aparece en la causa que se instruyó en Acapulco contra varios hombres y mujeres que en el pueblo de Cacahuatepec, se ocupaban de proveer de alimentos y de prestar otros servicios a dicho cabecilla y a los llamados Narciseños. Esta es la única referencia que se hace de Cominos en la citada

causa.

**CORREGIDORA, LA. Josefa Ortiz de Domínguez.** La primera heroína de nuestra Independencia, es comúnmente conocida en la historia con el nombre de La Corregidora, título honorífico que se le daba por haber sido esposa del corregidor de Querétaro, don Miguel Domínguez.

Esa mujer varonil y de espíritu fervientemente patriótico fue una de las más entusiastas, decididas y firmes partidarias de la causa de la Independencia, pues cuando en Querétaro se verificaban reuniones secretas para preparar el movimiento encaminado a proclamar la libertad de nuestra América, doña Josefa Ortiz de Domínguez estaba iniciada en esos patrióticos trabajos, tomando participación en ellos y manteniendo correspondencia con el capitán don Ignacio de Allende y con otros de los conjurados.

Próximo estaba a estallar tan atrevido movimiento; pero como en esa clase de empresas no faltaban los judas, hubo entonces un pérfido llamado Joaquín Arias, que descubrió la conspiración, poniendo en gravísimo peligro a todos los complicados en ella, inclusive a doña Josefa Ortiz.

Habían comenzado a verificarse algunas aprehensiones en Querétaro, y habrían sido igualmente capturados el capitán Allende, el cura don Miguel Hidalgo y Costilla, don Mariano Abasolo, Aldama y otros de los comprometidos en Dolores y en San Miguel el Grande, si La Corregidora, a quien su esposo don Miguel había dejado encerrada en su casa, por temor de que fuera a cometer una peligrosa indiscreción, no hubiera consumado en aquellos críticos instantes un acto verdaderamente meritorio y oportuno.

En los bajos de la casa que ocupaba don Miguel Domínguez tenía su habitación el alcalde de la cárcel, don Ignacio Pérez, hombre de confianza y uno de los conjurados con quien doña Josefa Ortiz estaba de acuerdo. Así es que se puso al habla con él, previniéndole que como pudiera fuese inmediatamente a

San Miguel a llevar al capitán Allende la noticia de lo que acababa de ocurrir en Querétaro. Bien sabido es que este oportuno paso dio por resultado que los primeros caudillos de la insurrección escaparan de las garras del gobierno realista, proclamando en seguida la Independencia en el pueblo de Dolores.

Entre tanto, la señora Ortiz y su esposo eran reducidos a prisión, lo mismo que otras personas, y a efecto de que se les instruyese la respectiva causa, fue de México a Querétaro el alcalde de Corte don Juan Collado, quien restituyó en su empleo a don Miguel Domínguez, poniendo en libertad a La Corregidora; pero como ella era partidaria decidida de la Independencia, siguió después consagrando sin temor alguno sus esfuerzos a la propaganda de tan benéfica y justa causa. Esto dio motivo para que don Fernando Romero Martínez acusase a doña Josefa Ortiz ante el virrey, quien se conformó con prevenir al corregidor Domínguez que la amonestara seriamente, so pena de que, si continuaba en su actitud sediciosa, se procedería poniéndola reclusa en algún convento.

Al llegar a la metrópoli, se le designó como lugar de arresto el convento de religiosa de Santa Teresa la Antigua, en donde permaneció algún tiempo sufriendo las duras penalidades de aquella reclusión y las amarguras que le causaba la ausencia de sus pobres hijos. Aparte de estos sufrimientos morales, que sin duda la atormentaban, se vio próxima a ser nuevamente madre, y esta circunstancia exigió entonces atenciones especiales, que no se le podían proporcionar en el convento, y por tanto, se le concedió salir a recibirlas a una casa particular.

Reclusa todavía en las Teresas, se dirigió al virrey, lamentándose de las penalidades, vejaciones, bochornos y angustias que sufrió cuando fue conducida a México como una criminal, y pidiendo solamente que se le hiciera justicia; pero el virrey le contestó que todavía se estaba tramitando su causa.

Entre tanto, don Miguel Domínguez había suplicado al virrey le permitiera pasar a México a prestar alguna ayuda a su esposa, ofreciendo renunciar al

empleo de corregidor, sí acaso era necesario.

La causa de la señora Ortiz seguía lentamente sus trámites, pues había comenzado el año de 1813 y hasta el de 1816 quedó en estado de sentencia, habiéndosele impuesto el castigo de reclusión indefinida; pero como dicha causa había pasado al auditor don Miguel Bataller, éste pidió que doña Josefa fuera nuevamente reducida a prisión, por lo que ordenó el virrey que se le pusiera reclusa en el convento de Santa Catalina. Hasta entonces de nada habían servido los esfuerzos y las súplicas de don Miguel Domínguez en favor de su infortunada esposa, pues el virrey Calleja se manifestaba indiferente o inflexible ante los ruegos del Corregidor y los sufrimientos de doña Josefa.

Por fortuna para esta respetable dama y para su desolada familia, fue designado como virrey de Nueva España don Juan Ruiz de Apodada.

La señora Ortiz había sido sentenciada en definitiva a cuatro años de reclusión en el mismo convento de Santa Catalina, hasta que diera pruebas de verdadero arrepentimiento; pero habiendo llegado a oídos del mencionado virrey las nuevas súplicas del Corregidor y una instancia de doña Josefa, en que pedía se le pusiera libre para poder cuidar a sus catorce hijos, casi desamparados, supuesto que el Corregidor se encontraba enfermo y a punto de perder la vida, se le concedió la libertad el mes de junio de 1817.

Don Miguel Domínguez no volvió a ocupar su puesto de corregidor de Querétaro, y tanto él como doña Josefa quedaron residiendo en México hasta después de consumada la Independencia.

Don Miguel llegó a desempeñar algunos puestos importantes en el gobierno independiente, y doña Josefa bajó al sepulcro, iluminada con una aureola gloriosa, el 2 de marzo de 1829, y su cadáver fue sepultado en el altar de la Virgen de los Dolores, en la iglesia del Convento de Santa Catalina, en México.

Los eminentes y heroicos servicios que la varonil Corregidora prestó a la patria en días aciagos y tormentosos, no debían quedar olvidados por el pueblo

mexicano, porque aquella abnegada mujer, aquella primera y distinguida heroína de nuestra Independencia se hizo acreedora, por su grande patriotismo, a la eterna gratitud de la nación.

Así es que por decreto del 21 de octubre de 1894 fueron exhumados sus restos y conducidos a Querétaro solemnemente, donde descansan ahora bajo un monumento que se les erigió en el Panteón de la Cruz.

En la capital de la República se erigió también una estatua a su memoria en el jardín o plazuela de Santo Domingo, y el nombre de la ilustre Corregidora está escrito con letras de oro en el salón de sesiones de la Legislatura de Querétaro.

**COYOTE, EL. José Viguera**s, originario de Totolapa. Varios vecinos de dicho pueblo denunciaron a Viguera, acusándolo formalmente de fautor [sic] de los rebeldes y de haber sido un hombre perverso que tenía íntimas relaciones con algunos cabecillas, a quienes comunicaba interesantes noticias y ayudaba en favor de la insurrección, por lo que dichos vecinos le consideraban perjudicial a la paz y seguridad del referido pueblo.

Por esta acusación fue capturado Viguera y se le instruyó sumaria en Tlayacapa; pero después de hechas varias averiguaciones, se enviaron éstas a la Real Sala del Crimen, y el virrey Apodaca solamente le impuso la pena de residir en un punto que estuviera guarnecido por tropas del rey (diciembre de 1817).

**CRISTO. José Miguel Durán de Huerta**. A este individuo se le formó causa en Perote, el año de 1816, acusado de haber sido uno de los cómplices en la conjuración insurgente que se tramó en los Llanos de Apam, por cuyo delito fue sentenciado a servir ocho años en los bajeles de S. M., en los mares de Europa, con calidad de que no pudiera volver a México ni a sus islas adyacentes, bajo ningún pretexto. (*G. de I.*, tomo 170, núm. 98, Archivo General y Público de la

Nación.)

**CUATES, LOS. Gervasio y Manuel Vázquez.** Estos capitanes guerrilleros y otros llamados Los Lucianos andaban por el Bajío prestando sus servicios a la causa insurgente, pero a principios de enero de 1817 se presentaron Los Cuates a solicitar la gracia de indulto con el teniente coronel Larragoiti, comandante de Salvatierra. El carácter áspero e insolente de este jefe hizo que dichos Cuates se volvieran al partido de la insurrección, pues públicamente los ultrajaba llamándolos pícaros, malvados y ladrones, lo que dio motivo para que irritados por la imprudente conducta de Larragoiti, se lanzaran nuevamente a combatir a los realistas, llevándose de Salvatierra alguna gente, armas y caballos.

**CUREÑA. Juan Valdivia.** La ciudad de Zacatecas era presa de grande alarma la tarde del día 14 de abril de 1811.

Las tropas realistas que guarnecían dicha ciudad habían salido precipitadamente a ocupar el cerro del Grillo, en cuya ventajosa posición se prepararon para resistir a las fuerzas insurgentes del general don Ignacio Rayón, quien se acercaba por el rumbo de Saltillo con un ejército de mil hombres, después de haber inferido gloriosa derrota a las tropas realistas del coronel Ochoa, en el puerto de Piñones.

El valiente y patriota zacatecano don Víctor Rosales y don José Antonio Torres, que venían a la vanguardia con una sección de 500 insurgentes, habían empeñado reñido tiroteo con la avanzada realista, a la cual hicieron retroceder desde el inmediato mineral de Pánuco hasta el pie del cerro del Grillo. Casi al mismo tiempo apareció por el camino de Herrera el jefe insurgente don José María Liceaga, enviado por Rayón a ocupar el cerro de la Bufa; pero advertidos de este movimiento, los realistas destacaron sobre Liceaga una fuerza que logró derrotarlo completamente, pues apenas pudieron escapar de aquel inesperado

descalabro el mismo Liceaga, don Francisco Rayón y un soldado.

El general Rayón pasó revista a su tropa, encontrando que en aquellos momentos sólo contaba con unos mil hombres de combate; pero sin artillería apropiada ni parque bastante para atacar con probabilidades de éxito a un enemigo numeroso, bien posicionado y con elementos favorables para una vigorosa resistencia. Sin embargo, el general Rayón no se desalentó por esto, y apelando a un ardid que se le ocurrió en aquel instante, hizo que la multitud de mujeres que seguían a la tropa formaran en la misma línea de batalla de ésta, con el fin de aparentar así mayor número de combatientes.

En tales condiciones, ordenó el general Rayón el ataque.

Dícese que en los momentos en que se empeñaba rudamente el asalto al cerro mencionado, los insurgentes pretendieron hacer uso de un pequeño cañón para batir al enemigo; pero como dicho cañón no tenía cureña, era difícil aprovecharlo como se deseaba. Sin embargo, un insurgente llamado Juan Valdivia, comprendiendo la imperiosa necesidad de hacer uso de aquella arma, se propuso servir de cureña, haciendo que sobre sus espaldas se colocara el cañón y se hiciera fuego con él. Sus compañeros de combate vieron en esto una determinación temeraria; pero Valdivia, poseído de un asombroso atrevimiento y de un ardiente patriotismo, substituyó la falta de la cureña con su propio cuerpo.

Se puso, pues, la carga correspondiente al cañón, se apuntó y se hizo fuego; pero después del disparo se vio que el intrépido Valdivia tenía la espina dorsal fracturada...

Episodios de este género, ejemplos de sublime abnegación, de valor sin igual y de heroico patriotismo, abundan en las páginas de nuestra historia; pero entre ellos resalta indudablemente, con imperecedero recuerdo, el nombre de Juan Valdivia, aquel intrépido soldado que ofreció con gesto su vida por la salvación de la patria.

**CHALLO. Hilario González.** El mes de junio de 1811 fue descubierta en Oaxaca una conspiración insurgente contra el gobierno realista, la cual debía haber estallado en aquella ciudad. Los principales promotores de dicha conspiración fueron don Felipe Tinoco y don Catarino Palacios, a quienes se formó proceso, y durante la tramitación respectiva aparecieron como cómplices Hilario González (alias Challos), Gil Sucedo (alias Cabezón), José María Ramírez (alias Pelón Chilaques), José Romero (alias Chintico), Pedro Vázquez (alias El Atolero) y uno apellidado Flores (alias Pito Aguacate), todos originarios de Oaxaca.

El dicho proceso consta que Challos, El Cabezón y Chilaques tenían dispuesta alguna gente armada con escopetas, machetes y cuchillos en sus respectivos barrios Del Carmen, los Alzados y El Peñasco, y que en la casa de Chilaques se habían celebrado algunas juntas relativas a la referida conjuración; pero no se sabe qué castigo se impuso a dichos complicados, y solamente se puede asegurar que Tinoco y Palacios pagaron en el patíbulo su temerario patriótico proyecto, muriendo valerosamente y sin flaquear ni en los postreros momentos de su vida, y que Gil Saucedo fue sentenciado a destierro perpetuo a Puerto Rico. (*C. de I.*, tomo II, expediente 6, Archivo General y Público de la Nación.)

**CHANO, EL. Francisco Salazar.** Se ignora de dónde era originario; pero apareció como cabecilla insurgente en el distrito de Toluca y no se refieren hechos notables de él. Fue aprehendido y fusilado en dicha ciudad, el año de 1813. (*C. de I.*, tomo 150, Archivo General y Público de la Nación.)

**CHAPANECO, EL.** Se ignora su nombre. Este individuo pertenecía a la tropa del cabecilla Juan Bustamante, afamado y temible insurgente, cuyas correrías eran por Jalpan, Apaseo y otros lugares del Bajío. Con Bustamante andaban El

Chapaneco y otro guerrillero apellidado Becerra, quienes fueron sorprendidos y capturados en el rancho de Las Pulgas, sobre la sierra de Jalpan, el 21 de enero de 1819, por el capitán don Ramón Galinzoga, de la sección del general don Antonio Linares, quien sumariamente y previos los auxilios espirituales, los hizo pasar por las armas en Apaseo. La cabeza de Bustamante la mandó colocar en un palo para escarmiento de los rebeldes.

En el parte respectivo se dice que El Chapaneco era bien conocido en aquel rumbo como muy audaz y temido por las maldades que cometía. (*O. de G. de realistas*, Linares, Antonio, tomo 9, Archivo General y Público de la Nación.)

**CHARRO, EL. Diego Tovar**, originario de San Juan del Río. Desde el año de 1813 comenzó a servir a la insurrección en la tropa del cabecilla Miguel Serrano, por los Llanos de Apam, y sucesivamente en las de Vicente Gómez, Arroyo y Colín, habiéndose encontrado en los combates de Nopalucan, Tlalhuapan y Acultzingo y en el ataque de un convoy que se dirigía a México.

Tovar fue capturado en el encuentro que tuvieron el teniente realista Soto y el cabecilla Colín, a inmediaciones de San Lorenzo Tlacoyen, el 14 de abril de 1815. El referido Tovar fue enviado a México a la Real Cárcel. Se le formó causa y estuvo preso algunos meses; pero consiguió que se le concediera la gracia de indulto y fue puesto en libertad. No se sabe otra cosa del referido Charro. (*C. de I.*, tomo 183, Archivo General y Público de la Nación.)

**CHARRO DÍAZ.** No se sabe de dónde era originario. Fue uno de los cabecillas que, en las provincias de Puebla y de México, andaban a las órdenes del famoso insurgente don Francisco Osorno. No se refieren hazañas importantes del Charro Díaz; pero se sabe que concurrió con cien hombres al sitio de Tulancingo, el año de 1812.

**CHATO MADERA.** Originario de Zacatecas. Muy pocos días transcurrieron desde que el brigadier realista don Félix Calleja había abandonado la ciudad de Zacatecas para dirigirse a Aguascalientes y el Bajío, después de la derrota de don Ignacio Rayón, en el rancho del Maguey.

Don Víctor Rosales, el patriota zacatecanos que se había rendido a Calleja, quedando indultado y aparentemente pacífico en dicha ciudad, comenzó a conspirar contra el gobierno realista; pero sus trabajos fueron descubiertos y delatados al coronel don Martín de Medina, intendente interino de aquella provincia, quien a su vez dio parte a Calleja de la conspiración que se tramaba en Zacatecas. Así es que éste ordenó a Medina que con el mayor sigilo procediera a la prisión de los presuntos conspiradores, recomendándole especialmente la captura de un individuo conocido por Chato Madera, a quien se tenía como peligroso y complicado en la referida conspiración.

El intendente Medina procedió a cumplir la orden de Calleja, reduciendo a prisión a don Víctor Rosales, a don Juan su hermano y a otras personas; pero el Chato Madera y el padre fray Laureano Saavedra, al tener aviso de que también se les buscaba, lograron escaparse la misma noche de la aprehensión de don Víctor (junio 12 de 1811), yendo a unirse a una guerrilla insurgente que andaba cerca de Zacatecas.

Después de lo que queda referido, no se volvió a saber más acerca del Chato Madera.

**CHEMISCUA. José María Romero.** Véase NIGUA.

**CHILE VERDE. Gregorio Sevilla.** Cabecilla insurgente que merodeaba por varios puntos inmediatos a México, el año de 1814. Se presentó a indulto ante el jefe de los realistas en Tacuba; pero el cura de aquel lugar, don Antonio de Col y España, se dirigió luego al virrey exponiéndole que la residencia de Sevilla en

Tacuba la consideraba peligrosa, pues podía seguir extraviando a algunas personas con su conducta sediciosa y desarreglada. (*C. de I.*, tomo 150, Archivo General y Público de la Nación.)

**CHINILLOS.** Véase VARIOS.

**CHINGUIRITO.** Véase CABALLO FLACO.

**CHINO, EL. Miguel González.** Cabecilla notable que, con el carácter de teniente coronel, anduvo en el Bajío, prestando importantes servicios a la insurrección.

Se dice que González era hombre de mucho ascendiente en Salvatierra y lugares inmediatos, donde tenía mucho crédito como valiente, activo y buen patriota. Con frecuencia enviaba espías al campo enemigo para estar al corriente del número de sus tropas y movimientos, y con el fin de crear partidarios a la causa insurgente y combatir con la palabra a los realistas, mandaba publicar papeles y proclamas firmadas por él mismo. Los enemigos lo juzgaban como un hombre temible y perjudicial, y lo perseguían con empeño, hasta que lograron aprehenderlo, el mes de febrero de 1817, en Santa Ana Maya, los soldados del capitán don Antonio Larragoiti, quien le perdonó la vida a ruegos de dos de los mismos aprehensores, remitiéndolo a la cárcel de Celaya y dando parte de esto al virrey. Éste dispuso que González fuera a extinguir la pena de ocho años de presidio a Veracruz, adonde fue enviado el mismo año de 1817.

**CHINO CLAUDIO.** En el tomo 3º de *México a través de los siglos*, se refiere que el Chino Claudio se guarecía con su partida de insurgentes en el fortín llamado La Antigua, el cual tuvo que desocupar en diciembre de 1815, al aproximarse las tropas realistas del brigadier Márquez Donayo.

**CHINO, EL. José Rafael Tuhonor.** En el parte que el coronel don Matías Martín de Aguirre dio al virrey Calleja, referente a los rebeldes pasados por las armas, en octubre de 1815, en el distrito encomendado a dicho jefe, se menciona a José Rafael Tuhonor, alias El Chino, como capitán insurgente fusilado en la hacienda de la Gavia, lo mismo que el coronel José Joaquín González y siete rebeldes más.

**CHINO, EL. Nicolás González.** Pocas referencias se hacen de este individuo en los partes de algunos jefes realistas; pero se sabe que llevaba grado de coronel y que expedicionó por varios pueblos de Michoacán y principalmente en el distrito de Toluca.

Se le perseguía con empeño, lo mismo que a Pedro Rojas, alias El Negro, porque éstos eran los que más se acercaban con su gente a las poblaciones inmediatas a México, y los que más quehacer daban a las tropas realistas.

González fue al fin hecho prisionero en Alfajayucan, el 16 de agosto de 1815, y fusilado allí en unión del cabecilla Ramírez.

**CHINTICO.** José Romero. Véase CHALLO.

**CHITO. José María Villagrán,** originario de Huichapan, en el estado de Hidalgo. Si debe darse entero crédito a los informes que acerca de Chito Villagrán se encuentran en documentos de procedencia realista y en algunos relatos históricos, será preciso creer que antes de alistarse en las filas de la insurrección, había sido un hombre de relajada conducta y de carácter perverso, pues se asegura que tenía cuentas pendientes con la justicia por haber dado muerte alevosa a don Antonio Chávez, subdelegado de Huichapan, clavándole un puñal en la espalda, y que a causa de este crimen se vio obligado a lanzarse

a la revolución.

Don Julián Villagrán, padre del referido Chito, se había levantado también en armas contra el gobierno realista; pero después de la batalla de Aculco, estuvo a punto de indultarse, sugestionado por las hábiles y astutas indicaciones de un sacerdote amigo suyo; mas Chito se opuso abiertamente a que su padre cayera en la red que se le tendía.

En esos días (diciembre de 1810), pasaba un convoy de México para Querétaro, conduciendo pólvora y municiones de guerra, y José María Villagrán y los Amayas lograron interceptarlo en Calpulalpan.

En junio de 1811, los Villagrán habían tenido un sangriento combate en Venta Hermosa con el capitán realista don Ildefonso de la Torre, a quien derrotaron completamente, matándole casi toda su infantería.

No fueron éstos los únicos hechos de armas en que Chito Villagrán se encontró, pues aunque su terreno de acción no era muy extenso, no cesaba de inquietar al enemigo donde quiera que se lo permitía la oportunidad; y como los servicios que prestaba a la causa insurgente no eran de poca importancia, el general don Ignacio Rayón le confirió, en Tlalpujahuá, el grado de coronel (septiembre de 1812). Sin embargo, los desórdenes y los delitos que tanto don Julián Villagrán como su hijo cometían frecuentemente llegaron a oídos de Rayón, y resuelto éste a castigar los desmanes y la desobediencia de aquéllos, por no haber cumplido la orden que les dio de ir a auxiliarlos en un ataque contra Ixmiquilpan, marchó a Huichapan, donde se encontraban los Villagranes; pero éstos, tan pronto como comprendieron el propósito de Rayón, intentaron apoderarse de él, a cuyo fin mandaron tocar generala y levantar los puentes levadizos que había en la población. Sin embargo, aunque aquel caudillo llevaba poca gente, se revistió de gran audacia y energía evitando así la pérfida trama en que pretendieron envolverlo los insubordinados cabecillas, quienes al fin se vieron obligados a huir rumbo a San Juan del Río, Zimapán y Xichú, donde

siguieron dominando algún tiempo, sin que a don Ignacio Rayón le hubiera sido posible sujetarlos, pues se lo impidieron otras atenciones más urgentes de la guerra.

Entre tanto el gobierno realista perseguía tenazmente a los Villagranes, Chito procuró fortificar a Huichapan para resistir a los realistas con más probabilidades de buen éxito; pero en mayo de 1813 fue atacado allí por el teniente coronel don Pedro Monsalve, quien, a pesar de la resistencia que se le hizo, logró vencer a los defensores de la plaza, cogiendo prisionero a Chito.

Monsalve, queriendo aprovechar esta circunstancia para hacer que don Julián Villagrán depusiera las armas, ofreció a Chito que le salvaría la vida siempre que su padre se indultara, a cuyo fin le permitió le escribiera en ese sentido; pero don Julián, temiendo quizás una celada de parte del jefe realista, o más bien, animado de la intención de no cejar en nada ante el enemigo, contestó a Chito que no se acogería a la gracia que se le otorgaba.

En tal concepto, el teniente coronel Monsalve ordenó que fuera fusilado el prisionero, cuya ejecución tuvo lugar el 14 de mayo de 1813. Al cadáver de Chito le fue cortada la cabeza, colocándola en seguida en un palo que se puso sobre el puente.

A los pocos días de la muerte del infortunado cabecilla, fue hecho prisionero su padre don Julián, y pasado por las armas, habiéndosele igualmente decapitado para colocar su cabeza al lado de la de su hijo José María.

**CHIVERO, EL. Manuel Farías.** Véase VARIOS.

**CHIVERO, EL. Pablo Antonio,** originario de San Francisco Tetecala. Fue denunciado por su propia mujer, María Josefa de la Luz, quien lo delató de insurgente ante el capitán don Rafael Irazábal, el mes de abril de 1815, en Tlaquiltenango.

Se le formó proceso en Tetecala, y tanto por la declaración de la esposa, como por las de otros varios testigos, se aclaró que Pablo Antonio había participado en algunos combates librados por los cabecillas Bustos, Morales, Vargas y Marquina, y que cuando no andaba con ellos, se iba a ocultar a una barranca llamada El Mogote, cerca de Chontalcuatlán. Se aclaró también que desde el principio de la revolución andaba sirviendo a los insurgentes, habiendo estado preso antes en la cárcel de Tetecala, de donde se había fugado con otros reos, llevándose los grillos con que se le tenía asegurado, y con los cuales se presentó a un cabecilla llamado Manjarrez.

**CHOCO, EL.** Pertenece a las fuerzas del caudillo don Guadalupe Victoria, en la provincia de Veracruz.

Ninguna otra noticia acerca de dicho cabecilla he conseguido en los documentos consultados para formar estos apuntes.

**CHOCOLATE. Manuel Muñoz.** Véase PADRE CHOCOLATE.

**CHOPAS. Ignacio Álvarez.** Véase VARIOS.

**DIENTE MOCHO.** De apellido **Villarreal**, originario de Teocaltiche, Jalisco.

De este cabecilla se sabe que abrazó el partido de la Independencia cuando el padre don José Pablo Calvillo, Mariano Abad Miramontes, Oropeza y otros anduvieron insurreccionando el sur de Zacatecas y Aguascalientes.

Hombre atrevido y valiente, pero de carácter sanguinario, mandó matar en San Juan de los Lagos a un sacerdote llamado José Manuel Flores, quien después de haber dado a Diente Mocho todo el dinero que pudo, fue inhumanamente asesinado y suspendido su cuerpo de un árbol, hasta que manos piadosas lo quitaron de aquel triste espectáculo, para darle sepultura.

Pocos días después de ese atentado, cayó prisionero uno de los subalternos de Diente Mocho, apellidado Melgarejo, que había participado en la muerte del padre Flores, y como represalia de ésta, el comandante realista don Miguel del Campo mandó fusilar a dicho prisionero, haciendo que su cadáver fuese colgado del mismo árbol en que lo había sido el padre Flores. (junio de 1811).

**EMPERATRIZ, LA.** Se ignora su nombre. Era esposa del insurgente cabecilla Sandoval, que anduvo en la Nueva Galicia con el lego don Miguel Gallaga, combatiendo a los realistas, el año de 1811, y en el reñido encuentro que dicho Sandoval tuvo en Colima, el mes de agosto del mismo año con el capitán don Manuel del Río, fueron capturadas La Emperatriz y dos mujeres que la acompañaban; pero no se dice si se les impuso algún castigo. (Hernández Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo III, pág. 341.)

**FINA, LA. María...** En un manifiesto que el Gobierno Provisional Mexicano dirigido a los americanos desde el fuerte de Jaujilla, el 24 de mayo de 1817, se dice acerca de María la Fina, lo siguiente:

Vosotros, habitantes de esta Provincia, lo habéis visto (al insurgente indultado Manuel Muñiz) abandonar con escándalo su propia mujer, y abarraganarse con una prostituta y deshonrada por los azotes, que en las posaderas se le dieron en la plaza de Tacámbaro. Esta vil embaucadora, llamada vulgar e irónicamente La Fina, ha sido la causa de innumerables de vuestros daños y detrimentos: ella en realidad era el comandante, daba los empleos militares, protegía a los bribones favoritos y disponía a su antojo del fondo nacional: ella se apropió la hacienda de la Loma, y de Chupio, los ranchos de Cirucio y del Quahulote.

(Gabriel Armijo, tomo 13, f. 21,  
Archivo General y Público de la Nación.)

La Fina parece que antes había sido también favorita del insurgente Marroquín.

**FLOREIRO, EL.** Miguel Ramírez. Don Carlos María de Bustamante refiere, en su *Cuadro histórico*, que cuando el general Morelos fue atacado por el realista Cosío, cerca del Veladero, en marzo de 1811, había confiado la defensa del paso de la Sabana a El Florero; pero que éste por cobardía, dejó desamparado aquel punto, habiendo entrado a sustituirlo el modesto, pero valiente, don Hermenegildo Galeana.

**GABINA, LA. Juana Bautista Márquez.** En una lista de causas y sumarias remitidas al auditor de guerra de Querétaro, don Matías Antonio de los Ríos, se hace referencia a la causa que en Guanajuato se instruyó a Juana Bautista Márquez, conocida por La Gabina, y a su hijo José María, acusados de haber tomado parte en los asesinatos cometidos en la Alhóndiga de Granaditas, cuando el ejército del cura Hidalgo atacó dicha ciudad.

Tanto La Gabina como su hijo fueron encarcelados y se les sujetó a un proceso, el cual no terminaba en septiembre de 1811; pero al fin sufrieron el castigo de morir ahorcados. (*O. de G. de realistas*, Calleja, Félix, tomo 31, f. 123, Archivo General y Público de la Nación.)

Don José María Liceaga, al hablar de este suceso en sus *Adiciones y rectificaciones a la historia de México*, por Alamán, refiere que La Gabina y su hijo murieron siendo inocentes del delito que se les acusaba, supuesto que por un deplorable error se les confundió con otra mujer que llevaba también el apodo de La Gabina y con un pariente de ésta, que fueron los que en realidad habían

concurrido a Granaditas, el 24 de noviembre de 1810; pero que el general don Félix Calleja, que no ignoraba ese equívoco, dispuso que de todos modos, hubiera o no culpabilidad en La Gabina y en su hijo, se les hiciera morir en la horca, como así se verificó.

Esa infeliz mujer, próxima a subir al cadalso, protestó ante el sacerdote que la auxiliaba en aquellos tremendos instantes, asegurado que moría inocente del crimen que se le imputaba.

El referido sacerdote quedó tan aterrorizado de aquella sangrienta y terrible escena, que poco tiempo después sucumbió a causa de la enfermedad que le produjo la fuerte emoción que recibiera al presenciar ésta, la cual conmovió también a muchas personas de Guanajuato.

**GALLO, EL. Cesáreo Torres.** Encontrábase preso en la cárcel de Guanajuato, antes de que estallara la insurrección, acusado de haber dado muerte en riña a Guadalupe Torres (alias Pinole), y por haber cometido algún otro grave delito. Cuando el cura Hidalgo entró allí logró salir de la prisión; pero pasado ese hecho y vuelto Guanajuato a poder de los realistas, se denunció a Torres, por la mujer del capitán don Ángel de la Riva, de que cuando ocurrieron los asesinatos de Granaditas, él había sido uno de los cómplices o autor de tres muertes. Por sola esa declaración, y sin forma alguna de proceso, ordenó el general Calleja que se le aplicara la pena de muerte, la que se ejecutó el 15 de diciembre de 1810, en Guanajuato, conduciendo al reo a la horca. (Bustamante, *Campañas de Calleja*, pág. 32).

**GATO, EL. Francisco Moctezuma.** Este individuo había sido sargento en las tropas del Rey, y cuando estalló la revolución en el pueblo de Dolores, lo habilitó don Ignacio de Allende en clase de oficial de una de las compañías que dicho caudillo organizó allí, el mismo día 16 de septiembre de 1810. (Hernández

Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo 2, pág. 323.)

**GENERALA, LA. Antonia Nava.** Acerca de esta notable heroína, refiere el señor Luis González Obregón, en su obra titulada *México viejo*, lo siguiente:

En un pueblecillo perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xaliaca o Tlacotepec, en el Sur, el general don Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban a sus órdenes don Nicolás Catalán y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que hacía algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido a los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza. El general Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando sus sentimientos humanitarios que siempre lo distinguieron, mandó diezmar a sus soldados para que comiesen los demás. La orden iba a cumplirse cuando doña Antonia Nava y doña Catalina González, seguidas de un grupo de numerosas mujeres, se presentaron al general y con varonil actitud le dijo la primera:

—Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles a nuestra Patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración a los soldados; y dando ejemplo de abnegación sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime.

El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana. Las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron a pelear con el enemigo.

No satisfecha la heroína, a quien llamaban la Generala, con aquella

grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de su esposo, que asesinado por los realistas había sido llevado a la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla, manifestándole que por la patria aún mayores sacrificios debían hacerse, doña Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor dirigió a Modelos estas sencillas, pero elocuentísimas palabras:

No vengo a llorar; no vengo a lamentar la muerte de mi esposo; sé que cumplió con su deber; vengo a traer cuatro hijos; tres que pueden servir como soldados, y otro que está chico será tambor y reemplazará a su padre.

**GRIEGA, LA. Bárbara Rosas**, originaria de Oaxaca. Bárbara Rosas era una pobre mujer que a principios del año de 1811, servía como doméstica en Oaxaca en la casa del capitán don José Ximeno Varela, y como probablemente era adicta a la causa de la Independencia, tuvo en cierta vez una conversación con su vecina Francisca Enríquez, a quien aseguró que el cura Hidalgo no causaba mal a nadie, sino solamente a los gachupines. Por esta sola especie, la Enríquez se presentó ante el Deán de la Catedral, Dr. don Antonio Ibáñez de Corvera, denunciando a la citada Griega como insurgente. El Deán Ibáñez a su vez hizo la denuncia respectiva al Intendente Corregidor de Oaxaca, quien desde luego dispuso se instruyera la sumaria correspondiente, poniéndose a la acusada en la cárcel de Las Recogidas.

Bárbara Rojas fue, por solo el hecho referido, sentenciada a un año de trabajos en la cárcel de Las Recogidas.

(*C. de I*, tomo 99, expediente núm. 1, Archivo General y Público de la Nación.)

**GUADALUPANO, EL.** No se menciona su nombre. Era originario de Pinos, Zacatecas. Este insurgente pertenecía a la fuerza del cabecilla Desiderio

Lozano, oriundo también de Pinos y subalterno del mariscal don Víctor Rosales.

Lozano fue derrotado, el 13 de noviembre de 1815, en las Mesas de San Nicolás de Quijas, por el sargento de voluntarios de la hacienda del Lobo, don Francisco Ornelas, en cuyo encuentro logró escapar el citado Lozano, aunque herido de un lanzazo; pero pocas horas después fue aprehendido en La Cieneguita y llevado a Pinos, donde sin miramiento alguno al infortunado prisionero, cuya fresca herida todavía chorreaba sangre, fue pasado por las armas en unión de Desiderio Lozano, José María Hernández y tres insurgentes más, todos originarios de Pinos. (*O. de G. de realistas*, Torres Valdivia, tomo 7, Archivo General y Público de la Nación.)

**GUAPARRÓN.** En el tomo 3º de *México a través de los siglos*, se habla de Guaparrón como de un artillero insurgente que andaba en la provincia de Jalisco y que se había indultado a fines de 1815, así como Gordiano Guzmán y otros.

**GUANAJUATEÑA, LA.** Regresaba de Saltillo el jefe insurgente don Ignacio López Rayón, después de haber sido capturados en Acatita de Baján, el cura Hidalgo y sus compañeros, y durante la travesía que aquél emprendió rumbo a Zacatecas, fue atacado en el Puerto de Piñones por el teniente coronel realista don José Manuel Ochoa.

Trabóse allí en estos ambos ejércitos un rudo y sangriento encuentro, durante el cual, y en lo más comprometido de la pelea, llegó a faltar el agua a los artilleros insurgentes para el servicio de los cañones.

En la tropa de Rayón iban muchas mujeres, y entre ellas había una a quien llamaban La Guanajuateña. Ésta, advertida de que a los artilleros había faltado el agua, y temiendo quizás que tal circunstancia pudiera refluir en perjuicio del buen éxito del combate, concibió una idea peregrina en favor de los insurgentes. Con ánimo varonil y sin pensar en el peligro que podía correr, se apresuró a

tomar las cubetas de los artilleros, haciendo que en ellas se orinaran las mujeres que seguían a la tropa. De esta manera quedó suplida la falta de agua para refrescar los cañones, y poco tiempo después la victoria se decidía en favor de los defensores de la patria.

**GÜERA, LA. Ignacia Rodríguez.** Parece que esta mujer era originaria de la Ciudad de México, donde ordinariamente residía, y sin duda alguna profesaba marcado afecto a la causa de la Independencia, pues se dice que la Güera Rodríguez se había ocupado de proporcionar dinero al cura Hidalgo para ayuda de la revolución. (*Realistas*, tomo 72, q. r., f. 239, Archivo General y Público de la Nación).

Además de esto, se cuentan algunas historias acerca de la Güera Rodríguez, de quien se rumoraba que era mujer de vida inquieta y de aventuras novelescas y románticas, en las que llegaron a figurar el canónigo don Mariano Beristáin y otras personas caracterizadas de la ciudad metropolitana.

**GÜERO, EL. José Francisco Hernández.** Este cabecilla, que pertenecía a las fuerzas insurgentes del coronel Landaverde, comenzó a prestar sus servicios a la causa mexicana desde el principio de la revolución, en varios pueblos de la provincia de San Luís Potosí y de Querétaro.

En enero de 1811, entró en San Pedro Tolimán con 200 hombres, donde se apoderó de las rentas reales que allí había, según se refiere en un parte que el lic. don Miguel Domínguez dirigió al virrey, el 19 de dicho mes.

**GÜERO DE ZIPIMEO, EL.** Cuando el cura don Miguel Hidalgo, después del triunfo que obtuvo en Las Cruces contra el coronel don Torcuato Trujillo, intentó entrar en México dispuso enviar al virrey unos emisarios para conducir el pliego en que intimaba la rendición de la ciudad.

Para llenar esa misión fueron designados el teniente general don Mariano Jiménez; don Mariano Abasolo y Montemayor, a los cuales acompañaba el llamado Güero de Zipimeo, oficial que se dice era muy conocido en el ejército. (Zamacois, *Historia general de México*, tomo 6, pág. 506).

**HUACAL. Bernardo Gómez, López o González de Lara.** A principios del año de 1811, había logrado reunir en los pueblos de Tula, Nola, La Palma y otros lugares, en la provincia de Tamaulipas una fuerza de más de 200 indios, armados con algunos fusiles, espadas, lanzas, flechas y dardos.

Con esta pequeña tropa, aunque indisciplinada y sin elementos suficientes para entrar en lucha contra los realistas, comenzó a hostilizarlos en varios lugares de aquel rumbo, logrando que se sublevaran muchos indígenas, y cuando pudo tener como 300 hombres, se dirigió a Matehuala, en cuya población entró sin resistencia, el 13 de junio de dicho año, cometiendo allí muchos desórdenes, de los que resultaron muertos algunos vecinos.

La noticia de la entrada de Huacal en Matehuala, alarmó al brigadier don Joaquín Arredondo, quien inmediatamente hizo salir al capitán don Antonio Elozúa con una sección de tropa de Provincias Internas a recuperar dicha plaza, la cual fue sorprendida por dicho Elozúa, el 21 del mismo mes de junio.

Huacal huyó con poca gente rumbo a Palmillas, y durante el trayecto fue cometiendo robos y algunos asesinatos. En el referido lugar fue rechazado, y viéndose sin suficiente fuerza y tenazmente perseguido, se dirigió por las inmediaciones de San Luis Potosí, entrando por San Luis de la Paz en el Bajío, en cuya comarca le tocó tomar parte, con el padre Pedroza, Tomás Baltierra, Negro Habanero, Landaverde, Botello y otros cabecillas, en varios combates librados contra los realistas en Celaya, San Miguel y en el Cerro de la Cruz.

El 9 de noviembre fueron atacados Huacal, Cleto Camacho, Tovar y González, por don Francisco Guizarnótegui, en un punto llamado La Cebada,

habiéndolos derrotado y hécholes más de 300 muertos, entre los que se contó González.

Pocos días después logró entrar con sólo 40 hombres en San Miguel el Grande, con el propósito de sublevar dicho pueblo y de sacar de allí alguna gente, armas y recursos.

Algunos eclesiásticos se acercaron a Huacal para suplicarle que se retirara, pues la población temía que se cometieran varios desórdenes; pero no les hizo aprecio y siguió ocupándose de entrar en las Casas Reales y otros lugares, en busca de armas y dinero, a la vez que sus soldados se entregaban al desorden en varios puntos de la población.

Entre tanto, don Miguel Malo, subdelegado del lugar, y algunos vecinos realistas, al ver que los insurgentes eran en poco número y andaban muy confiados, tramaron en secreto, y de acuerdo con una parte del pueblo, echarse sobre Huacal y los suyos.

El referido Malo logró reunir, con mucho sigilo, alguna gente armada en un corral, y entonces salió resuelto a batir a los insurgentes, quienes no esperaban una agresión tan intempestiva, por cuya causa la sorpresa los desconcertó y no hicieron mucha resistencia, acabando por desordenarse huyendo unos, y otros encerrándose en las Casas Reales, cuyo edificio fue acometido y ocupado por el populacho.

Huacal se dirigió entonces a los asaltantes para inquirir el motivo de tan inesperada agresión; pero lo recibieron a gritos y a pedradas, siguiéndolo hasta la orilla de la población, donde un grupo de amotinados logró capturarlo, lo mismo que a su valiente compañero José Dolores Mireles, quienes se defendieron desesperadamente contra el crecido número de sus aprehensores.

Huacal y Mireles fueron conducidos a la cárcel en medio de la algarabía, los ultrajes y amenazas de la multitud capitaneada por Malo, quien hizo que fueran pasados por las armas, en la noche del 18 de noviembre, dentro de la cárcel,

donde también fueron fusilados, al día siguiente, once compañeros de Huacal. (*O. de G. de realistas*, Calleja, Félix, tomo 21, f. 243, Archivo General y Público de la Nación.)

**HUAJES. José Salgado.** Perteneció a la guerrilla del afamado insurgente Pablo Campos, que andaba con don Vicente Guerrero en el sur.

Huajes estuvo indultado algún tiempo; pero volvió a combatir en favor de la insurrección. El mes de marzo de 1819, fue capturado en Acatempam por el coronel realista don Miguel Torres, quien inmediatamente lo mandó degollar en dicho pueblo. (Armijo, Gabriel, tomo 18, f. 242, Archivo General y Público de la Nación.)

**INDIO DEGOLLADOR.** Véase CHICO FLACO.

**INDIO DOLORES.** Éste era uno de los cabecillas insurgentes que más quehacer dieron en el sur de Zacatecas y diversos puntos de Jalisco, a las autoridades y tropas realistas.

Se ignora de dónde era oriundo el Indio Dolores; pero se sabe que el año de 1811 militaba con una guerrilla bajo las órdenes del jefe insurgente Oropeza, quien por mucho tiempo combatió a las tropas del rey, en combinación con Abad Miramontes, González Hermosillo, don Víctor Rosales, los Nájeras y otros denodados y constantes defensores de la Independencia, en Zacatecas, Aguascalientes y Jalisco.

No había completado ni un año el Indio Dolores al servicio de la causa insurgente, cuando, el 24 de octubre de 1811, fue batido y derrotado en la barranca de Jaltihuiloca, por una avanzada de las tropas del cura realista don Francisco Álvarez, en cuyo encuentro fue hecho prisionero y muerto el citado Indio Dolores, lo mismo que su compañero Chico Flaco.

**INDIO DOROTEO.** Este indio abrazó el partido de la Independencia el año de 1811, y tenía su principal asiento en la sierra de Cerralvo, provincia del Nuevo Reino de León, y cuando el cabecilla insurgente José Herrera intentó atacar a la ciudad de Monterrey, el indio Doroteo se puso a sus órdenes, llevándole desde La Chorreada un auxilio de 40 indios armados de fusiles.

El referido Indio se daba el título de general y siguió prestando sus servicios al lado del cabecilla Herrera; pero no se refieren casos que hayan podido hacerlo notable en la revolución. (*Colección de noticias para la historia de Nuevo León*, por el doctor don Eleuterio González).

**INGLESITO, EL. Ricardo Ruiz de Esparza.** Este guerrillero insurgente peleó en la provincia de la Nueva Galicia contra los realistas, a principios de la revolución y entre varios combates que tuvo con ellos, se menciona el de San Pedro de las Lagunillas, cerca de Santa María del Oro, contra don Manuel Pastor, quien lo derrotó allí, haciéndole más de 600 muertos. (Hernández Dávalos, *C. de D. para la historia de la Independencia*, tomo III, pág. 311).

**JARALEÑO, EL.** No se menciona su nombre. Perteneció a la tropa del brigadier insurgente don José Ignacio Franco, cuando éste tuvo un encuentro en Jaramillos, estado de Guanajuato, contra una partida de realistas, en el mes de noviembre de 1812, y dos cabecillas compañeros suyos atacaron valerosamente la retaguardia, logrando hacer varios prisioneros entre los que se contó al padre don Francisco Plata, que fue fusilado de orden de dicho Franco en Comanjá. (*Ilustrador Americano*, núm. 34, periódico insurgente).

**JIRO, EL. Andrés Delgado.** Originario de Salamanca, Gto. Indudablemente fue uno de los más notables guerrilleros que en el Bajío combatieron al Gobierno

realista, pues el temerario valor, la audacia, las hazañas y el patriotismo de Delgado no fueron inferiores a los de Albino García, los Ortiz, Salmerón, el Anglo Americano y otros que se hicieron notables en aquel rumbo, durante la guerra de Independencia.

Andrés Delgado era indio, joven, de humilde origen, y se ocupaba como tejedor de mantas.

No se sabe a punto fijo cuándo comenzó a luchar en favor de la causa insurgente; pero sí consta que el año de 1817 andaba unido con el padre don José Antonio Torres, con el doctor don José Antonio Magos y con don Miguel Borja, quienes mantenían el fuego de la revolución en la provincia de Guanajuato; sin dar ninguna tregua de descanso a las fuerzas realistas.

El Jiro mandaba el cuerpo de Dragones de Santiago, uno de los mejores por bien armado, por sus buenos caballos y por sus expertos jinetes. Este cuerpo perteneció a las tropas del mando de don José Antonio Torres, con quien concurrió al combate contra el coronel don José Ruiz, en Pabellón, donde este jefe realista fue derrotado, a pesar de los prodigios de valor de sus soldados, pertenecientes al Regimiento de Barcelona.

El Jiro fue atacado por don Anastasio Bustamante en la hacienda de Dos Ríos, donde con sólo 60 hombres que llevaba, se batió bizarramente contra aquel jefe realista, quien no pudo derrotarlo, aunque Delgado tuvo que retirarse ante la superioridad numérica del enemigo.

Cuando el general Mina tuvo un combate con los realistas, en la hacienda de La Caja, El Jiro tomó parte en él con una sección de 150 de sus jinetes.

Andrés Delgado tenía una fábrica de armas en el cerro de Santa Ana, y a efecto de ponerla en movimiento, hizo llevar de Guanajuato a algunos oficiales herreros.

Desgraciadamente la discordia se había introducido en el campo de la insurrección, sembrando recelos, envidias, enemistades y rencores entre los

principales jefes, y de las deplorables disensiones en que ellos se hallaban envueltos, surgieron a la vez algunos bandos que se hostilizaban recíprocamente con gran detrimento de la causa nacional y de los intereses de la Patria.

Esos funestos disturbios cundían también entre los jefes inferiores, y no pocas veces estallaron en actos de turbulentas y encarnizadas enemistades. El cura don José Antonio Torres, disgustado con don Juan Arago, que por orden de don José María Liceaga lo iba a sustituir en el mando, se puso en pugna con éste, pretendiendo resistir a dicho Arago. El Jiro tomó parte en favor de Liceaga y de Arago. Éste al fin se vio obligado a batirse contra el padre Torres, cerca de Zurumuato, y entonces El Jiro con algunos de sus dragones, pasó el río y atacó al cura, derrotándolo enteramente.

Andrés Delgado siguió combatiendo a las realistas, quienes lo perseguían con encarnizado empeño, y en junio de 1819 habla ido a establecer su campamento en la cañada de Landín o de La Laborilla, cerca de Chamacuero, donde lo sorprendió una partida de realistas, el 3 de julio del mismo año, enviada por el coronel don Antonio Linares, al mando de don Anastasio Bustamante.

El Jiro había logrado escapar, saliéndose del cerco que le pusieron los realistas, pero en su seguimiento lanzó Bustamante algunas partidas, una de las cuales pudo darle alcance, según refiere el parte oficial respectivo, más el historiador don Carlos M. de Bustamante dice que El Jiro se escapó envuelto en unas mangas y se fue a un rancho inmediato, de donde volvió a caballo y armado, insultando a los realistas y desafiándolos.

Como quiera que sea, el temerario insurgente comenzó a luchar cuerpo a cuerpo con el Alférez de Dragones de San Luis, José María Castillo, quien logró darle una lanzada y derribarlo del caballo, y cuando lo creía ya muerto, Castillo se entretuvo en capturar dicho caballo. Entre tanto, Andrés Delgado se sacó la lanza que tenía clavada en el pecho, y empuñándola se atrincheró detrás de

unos peñascos donde fue nuevamente acometido por Castillo a quien atacó con admirable denuedo, logrando inferirle una herida en una mano. En auxilio de dicho realista ocurrieron luego varios soldados, a quienes El Jiro hizo tenaz resistencia, y aunque pudo precipitarse en una barranca, siguió allí combatiendo a sus perseguidores, sin querer rendirse a ellos, hasta que, abrumado por la fatiga y por el número de los que lo atacaban, sucumbió a manos de éstos.

Bustamante envió la cabeza de El Jiro a Salamanca para que fuera expuesta en un paraje público, y decía del temible insurgente que era hombre emprendedor, asesino y de los más perversos de cuantos habían hostilizado a los realistas en la provincia de Guanajuato. (*O. de G. de realistas*, Linares, Antonio, tomo 10, f. 345, Archivo General y Público de la Nación.)

**JUANILLO. "Juan José"**. Sábese únicamente que este cabecilla era de raza indígena y que anduvo combatiendo en favor de la causa insurgente, por el rumbo de Tuxcacuesco, en la provincia de Jalisco, el año de 1813; pero no se refieren hechos conocidos acerca de dicho cabecilla. (*Partes impresos del general don José de la Cruz*, Guadalajara, febrero 10 de 1814.)

**JUMO. Ignacio Gómez**, originario de Tulancingo, en cuyo lugar fue procesado, el mes de febrero de 1813, por el delito de infidencia, pues se le acusó de andar robando reses que conducía para los cabecillas insurgentes, Guerrero y Trujillo, que andaban por Zacatlán y Huauchinango. Se ignora el castigo que se le impuso.

Ignacio Gómez había abrazado el partido de la insurrección desde el año de 1811. (*C. de L.*, tomo 49, expediente 4, Archivo General de la Nación.)

**LANZA. Trinidad Prado**, originario de Lagos. Era barretero en Guanajuato cuando estalló la revolución de la Independencia y fue aprehendido en

Zacatecas, en mayo de 1811, por insurgente, pues lo delató como tal José María Garrido, también mayor del Batallón de Guanajuato, quien lo acusaba de haber tomado parte en los asesinatos de los europeos en dicha ciudad, cuando el caudillo don Ignacio Allende entró allí, asegurando que Prado había dado muerte a don Francisco Iriarte, a un Sayn, a los Portu y a otras diez o doce personas, y que, además, había tomado parte muy activa en sublevar a la plebe contra dichos europeos. Se le acusó también, de haber seguido al ejército del cura Hidalgo, cuando éste marchó a Valladolid, habiéndose encontrado en las batallas que dicho cura dio a las tropas realistas. Por todo esto, ordenó el General don Félix Calleja que se le instruyera sumaria, y aunque Prado negó rotundamente esos cargos, fue sentenciado a la pena capital, por el mismo Calleja, sentencia que se ejecutó en Zacatecas, el día 13 de mayo de 1811, fusilando al reo por la espalda y colgando su cadáver en la horca, con un papel que se le puso en la mano y que indicaba la constancia de su delito. (*C. de L.*, tomo 14, expediente 7, Archivo General y Público de la Nación.)

**LEYTON.** Véase CABO LEYTON.

**LINOS, LOS.** No se mencionan sus nombres; pero se sabe que fueron capitanes de guerrillas insurgentes, en el distrito de Rioverde, San Luis Potosí, donde durante algún tiempo combatieron con denuedo a los realistas, hostilizándolos sin descanso hasta que perseguidos tenazmente por el Subdelegado don Manuel de Ormachea, fueron batidos y derrotados, el mes de enero de 1814, cerca de la Hacienda de Jabalí, donde se les hizo prisioneros y se les pasó por las armas.

**LUCIANOS, LOS.** Véase CUATES.

**LUNAR, Pedro Ameca**, indio originario de Tolutla, Ver. Este cabecilla de quien se hace mención en un informe de don Pedro Landero al gobernador de Veracruz, pertenecía a las fuerzas insurgentes del caudillo don Guadalupe Victoria, y el teatro de sus correrías era el distrito de Córdoba, donde, según se asegura, había cometido muchos robos, desórdenes y asesinatos, particularmente en cuantos soldados realistas caían en su poder, por lo que tenía amedrentadas a las poblaciones de aquel rumbo.

Pedro Lunar era muy temido y se tenía muy recomendada su captura, la que se logró el año de 1819, en puente del Rey, formándole la correspondiente sumaria; pero no hay noticias acerca de la pena que se le haya impuesto. (*C. del I.*, tomo 164, Archivo General y Público de la Nación.)

**MADRE DE LOS DESVALIDOS.** Se llamaba **Marcela**, pero no se menciona su apellido ni el lugar de su nacimiento. Marcela, según se refiere en una declaración del soldado insurgente Pedro González de Enterría, rendida el año de 1816, en Aguascalientes, era una mujer ya vieja, que se ocupaba como correo de los insurgentes, a quienes llevaba papeles, noticias y encargos desde León, y Silao hasta un punto llamado Puerto Espino, donde tenía su principal cuartel el cabecilla Mateo Franco, de las fuerzas de don Ignacio Rayón. (*O. de G. de realistas*, Torres Valdivia, tomo 80, Archivo General y Público de la Nación.)

Por tan importantes servicios de la anciana Marcela, tal vez no exento de dificultades y de graves peligros, los insurgentes de aquel rumbo la apreciaban mucho, y en gratitud de la excelente ayuda que, como mujer patriota y animosa, prestaba a la causa de la revolución, la llamaban cariñosamente Madre de los Desvalidos.

**MANCO, EL. Albino García**, originario del Valle de Santiago. Indudablemente

fue el Manco García uno de los más notables guerrilleros que figuraron en el estado de Guanajuato, defendiendo la causa de la Independencia, y tanto en la Historia de aquella época, como en muchos documentos oficiales, se habla de él como de un hombre de gran valor y de temerario arrojo, audaz, astuto, activo y decidido partidario y defensor de dicha causa.

La tropa de Albino era escogida, y sus jinetes, muy diestros en el manejo del sable y de la reata, eran el terror de los realistas en aquella comarca, y el primer encuentro que con ellos tuvieron, fue en la hacienda de Quiriceo contra el capitán don Antonio Linares, a principios de 1811.

Albino García llegó a reunir bajo su mando a algunos miles de combatientes de las tres armas; pero de preferencia hacía uso de la gente escogida de a caballo, en la cual tenía mayor confianza y a la que procuró equipar y armar de una manera conveniente, pues con esta clase de tropa fue con la que hizo sus mejores hazañas y causó mayores males al enemigo. Al presentarse al frente de éste, formaba una línea de batalla su caballería, desprendiéndola después en dos alas para flanquearlo o envolverlo, que era en la maniobra que El Manco llamaba *corral*, y que algunas veces le dio buenos resultados.

Aunque el campo de sus operaciones era extenso, había escogido como cuartel principal el Valle de Santiago. He aquí algunos de los hechos más notables de Albino García.

El mes de agosto de 1811, entró en Pénjamo con cerca de tres mil hombres. Puso arrestado a don José María Hidalgo y Costilla, Subdelegado de aquel lugar, e hizo que varios vecinos tenidos como realistas, fueran amarrados y paseados por las calles, según refiere el mismo Hidalgo y Costilla en el parte que dirigió a Calleja.

Después de esto, sorprendió a Aguascalientes en cuyo lugar hizo que fueran objeto de escarnio público algunas personas, que también fueron paseadas por las calles, lo mismo que hizo en Lagos, donde cometió algunos saqueos y

mandó que fueran paseados en burros unos señores González y don José María Rico, quienes corrieron el riesgo de ser fusilados.

Dos veces atacó a Guanajuato en unión de Baltierra, Cleto Camacho y Natera, poniendo en gran conflicto a la guarnición de aquella ciudad; pues había logrado apoderarse de varios puntos cometiendo saqueos, quemando algunas casas y matando a muchos realistas.

El brigadier don Diego García Conde se encontraba en el Valle de Santiago con una respetable fuerza y lo atacó El Manco en febrero de 1812, obligándolo a abandonar aquella población.

A don Francisco Guizarnótegui lo batió en Celaya, y aunque no pudo derrotarlo, le causó algunas pérdidas.

En Parangueo sitió a don Pedro Celestino Negrete; pero la proximidad de García Conde lo obligó a levantar el sitio, a fin de no verse envuelto por las tropas de esos dos jefes.

También con don Pedro Celestino Negrete sostuvo serios combates en La Piedad y Valle de Santiago, y con don Manuel del Campo en Celaya.

Al salir Iturbide, en febrero de 1813, fue vigorosamente atacado por numerosas partidas acaudilladas por El Manco, quien logró quitarle una parte del convoy, y pocos días después volvió a batirlo entre Parangueo y Valle de Santiago.

En resumen, casi no hubo un importante encuentro de armas en todo el Bajío, en que dejara de tomar parte el infatigable Albino, quien había logrado establecer una fábrica de cañones y de pólvora en el cerro de la Magdalena, y se sabe que también mandaba fabricar moneda en el Valle de Santiago imitando el cuño de Zacatecas. (*O. de G. de realistas*, tomo 106, f. 42, Archivo General y Público de la Nación.)

Albino García fue batido en el Valle de Santiago por el capitán don Agustín de Iturbide, el 4 de junio de 1812, y después de rudo y sangriento combate, en

que perecieron más de 200 insurgentes, fue hecho prisionero en unión de su hermano Francisco y de otros dos cabecillas que fueron conducidos a Celaya y entregados al brigadier García Conde, quien lleno de inmenso júbilo, cometiendo un acto incivil y reprobado, y aun puede decirse que de estúpida venganza, pues en el parte respectivo decía al virrey Venegas lo siguiente:

La brevedad del tiempo no me ha permitido *recibir* a ese Generalísimo ladrón con todo el tono de burla que deseaba; pero, sin embargo, le he hecho formar la tropa, que *estava* deseosísima de *berlo*, haciéndole salva de Artillería con repique de campanas, paseando por plaza con un concurso de gente extraordinario y lo tengo bien asegurado con todos los demás para el justo castigo que se merecen.

Pasada esa burlesca escena, se procedió a tomar a Albino García algunas declaraciones, encaminadas a descubrir el paradero de los intereses que se dijo había robado, y en seguida se le puso en capilla, lo mismo que a su hermano Francisco y a los otros dos prisioneros, dándoseles solamente el tiempo necesario para que se prepararan cristianamente.

Por fin, llegó la hora fatal para los sentenciados a la última pena, y ésta se cumplió en Celaya, la mañana del 8 de junio, con la solemnidad y el bélico aparato que se quiso dar a la ejecución de un cabecilla contra quien pesaban terribles cargos y contra el que se había desatado toda una tempestad de persecuciones, de maledicencias y de crueles deseos de venganza, de parte de aquellos que tanta odiaban y temían al intrépido revolucionario.

García Conde refiere, en el parte respectivo, que Albino García escribió antes de morir una carta a sus padres, pidiéndoles perdón y mostrándose arrepentido de no haber practicado sus buenos y paternos consejos. (*Gaceta del Gobierno de México*, núm. 247, año de 1812).

Refiérese que la esposa de Albino, montaba a caballo y con el sable en la

mano tomaba parte en los combates, animando con su ejemplo a los soldados insurgentes. (González Obregón, *México viejo*, cap. 23).

Esa atrevida mujer se llamaba Guadalupe Rangel, y era originaria de Cotija. Estuvo presa en Guadalajara, el año de 1812, pero al fin consiguió que la pusieran en libertad. (Hernández Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo IV, pág. 124).

**MANILOS, LOS.** Véase MOROS.

**MECO, EL. Leandro Rosales.** Se refiere en un parte que publicó el brigadier realista don José de la Cruz, que Leandro Rosales era uno de los compañeros del cabecilla indígena Nazario Arias, quien el año de 1812 merodeaba por Santa María del Oro y otros lugares de la provincia de Jalisco.

Las fuerzas realistas de don Francisco Monroy, Subdelegado de Ahuacatlán, derrotaron al indio Nazario Arias, cerca del pueblo de Xala, y El Meco se retiró de dicho pueblo, donde fue capturado, lo mismo, que el insurgente Jesús López, quienes fueron fusilados en el referido pueblo, el mes de junio de 1812. (Hernández Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo IV, p. 435, *Gaceta de México*, tomo 3, 1812).

Sin embargo de la aseveración anterior, existe un dato oficial en el que aparece que El Meco andaba todavía el año de 1814, militando en las tropas de don José María González Hermosillo, con quien tomó parte en el combate que dicho jefe dio a los realistas en el pueblo de Cuquío, el 1º de abril de dicho año y en donde murió El Meco a manos del paisano Antonio Prieto, según se refiere en el parte que se rindió al brigadier don José de la Cruz. (*O. de G. de realistas*, de la Cruz, José, tomo 12, f. 197, Archivo General y Público de la Nación.)

De donde resulta que alguna de las dos noticias anteriores es errónea, o que tal vez hubo dos insurgentes con el mismo apodo en la provincia de Jalisco.

**METEMANO.** Véase VARIOS.

**MOCHO, EL. Mac Fallen.** Este individuo era norteamericano y se le señalaba como uno de los principales y más activos cabecillas de la insurrección, en la provincia de Texas; y como se le confirió la comisión de ir a sublevar a los indios lipanes y a reconocer el estado de las tropas realistas, en la bahía del Espíritu Santo, fue capturado allí en unión de tres americanos y un español, todos los cuales fueron pasados por las armas, en dicho lugar, el mes de agosto de 1814. (*O. de G. de realistas*, Torres Valdivia, tomo 4, Archivo General y Público de la Nación.)

**MOLE, EL.** Véase VARIOS.

**MONIGOTES, LOS. Antonio Quintero y Quirino Balderas.** Mandaban una guerrilla de temibles insurgentes cuyo principal campo de acción eran los puntos inmediatos a Comanjá y el fuerte del Sombrero.

Quintero y Balderas eran afamados en el Bajío por su temerario arrojo y valentía, y ambos murieron en un reñido encuentro librado en la Cuesta del Toro, contra el realista don Felipe Escalante (mayo de 1817).

Los Monigotes formaban parte de las guerrillas auxiliares del intrépido defensor de Comanjá y del Fuerte del Sombrero, don Pedro Moreno, y dependían del mando inmediato de don Encarnación Ortiz, El Pichón.

Después de la muerte de Quintero y de Balderas, la guerrilla de éstos siguió siendo conocida o denominada con el nombre de Monigotes.

**MOROS, LOS.** Según refiere don Fulgencio Vargas, en un interesante librito intitulado *La insurrección de 1810 en el estado de Guanajuato*, Los Moros eran

miembros de una familia de apellido González, residente en el Valle de Santiago, a principios de la pasada centuria, y el sobrenombre con que se les designaba les fue aplicado porque aquella familia descendía de la raza morisca en España.

El padre y dos hijos de la citada familia se habían manifestado decididamente adictos a la causa de la Independencia y aunque no llegaron a tomar las armas para defenderla, sí la ayudaban proporcionando subsidios o recursos de alguna cuantía, por cuyo motivo se hicieron sospechosos a los realistas, quienes espionaron una ocasión oportuna para apoderarse de aquellos peligrosos partidarios, que mantenían estrechas relaciones con los afamados insurgentes Albino García, Andrés Delgado, Tomás Baltierra y otros.

El realista don Agustín de Iturbide había logrado adueñarse de la situación en el Valle de Santiago, y sabiendo que Los Moros eran partidarios decididos de la causa americana, se resolvió a apoderarse de ellos, lo que tuvo lugar el 25 de julio de 1812, precisamente cuando dichos Moros o González asistían a una misa en la parroquia del pueblo, muy ajenos de lo que contra ellos había determinado Iturbide, para quien no fue un obstáculo la santidad del recinto en que se verificó la ruidosa aprehensión.

Grande fue el escándalo a que ésta dio lugar entre los fieles concurrentes a la referida ceremonia; pero al fin Iturbide, satisfizo sus deseos, y queriendo dar al público un espectáculo sangriento como los que él acostumbraba, condenó a muerte a Los Moros, sin que precediera ningún trámite legal a tan dura determinación, la que se cumplió en la plaza principal del pueblo, frente al templo que acababa de ser profanado por el cruel defensor de la causa del rey.

**MUERTO, EL. José María Medrano**, originario de Zacatecas. En la declaración que ante la autoridad realista de aquella ciudad rindió el joven José María Rosales, hecho prisionero el mes de septiembre de 1813, cuando su

padre el caudillo don Víctor entró en Zacatecas, se refiere que José María Medrano (alias El Muerto), se ocupaba de llevar noticias y correspondencia de la familia de don Víctor y de varias personas adictas a la insurrección, que estaban en inteligencias secretas con el referido caudillo.

La última correspondencia que Medrano llevó a Zacatecas la ocultó cuidadosamente en un bulto de flores, de rosa de Castilla, que haría pasar, en caso necesario, como un encargo para usos medicinales.

Después de la declaración de José María Rosales, no se sabe qué pasaría al patriota Medrano. (*Inquisición*, tomo I, Archivo General y Público de la Nación.)

**NEGRITO CLARA, EL.** Se ignora su nombre. El insigne caudillo don José María Morelos se dirigía a atacar a Acapulco, por orden del cura Hidalgo, y en su marcha hacia aquel puerto tocó el pueblo de Tecpan, donde se encontraban don Juan Galeana y sus hermanos, quienes se unieron luego a dicho caudillo para combatir en favor de la Independencia.

Don Juan Galeana había comprado a unos náufragos de la costa del sur un pequeño cañón, que después servía para hacer salvas en las fiestas religiosas que se verificaban en la Hacienda del mismo don Juan. Al mencionado cañón le llamaban El Niño, y éste formó parte de la artillería de que hizo uso el cura Morelos contra los realistas de París, en el cerro del Veladero.

En este combate encomendó don Juan Galeana la defensa de una batería, de la cual formaba parte El Niño, a un negrito de la costa, a quien llamaban "Clara" y de quien se dice que era muy patriota, de mucho valor y de buenas aptitudes para el manejo de los cañones.

Desde entonces el Negrito Clara y El Niño fueron inseparables compañeros, pues según se refiere en el *Diccionario de historia y geografía* de Orozco y Berra, el citado Negrito fue el único artillero que manejaba el pequeño cañón.

Después del sitio de Cuautla, El Niño quedó en poder de los realistas; pero

en cuanto al artillero Clara, no se sabe otra cosa que lo que dice don Carlos M. de Bustamante, asegurando que, después de consumada la independencia, el Negro Clara vagaba por las calles de México, llevando amputada una mano y hecho un infeliz pordiosero, que vivía implorando la caridad pública para mantenerse.

**NEGRO, EL. Pedro Rojas.** Residía en el pueblo de San Ángel, en el Distrito Federal y era negro de raza pura africana.

No se sabe a punto fijo cuándo o cómo comenzó su carrera de insurgente, pero hay datos para asegurar que Rojas prestaba sus servicios a la causa mexicana desde el principio de la revolución de Independencia.

Pedro Rojas era subalterno del cabecilla coronel Nicolás González (alias El Chino), quien le tenía encomendada la comisión de recorrer los pueblos indicados, tanto para obtener víveres y recursos, como para hostilizar frecuentemente al enemigo, comisión que Rojas desempeñaba con 20 ó 25 hombres, a lo más, y a veces con unos cuantos; pero como él y los suyos eran muy conocedores del terreno en que practicaban sus correrías, la tenaz y encarnizada persecución que se les hacía, resultaba estéril, porque, burlando a los soldados realistas, se dispersaban a su vista, para ir a reunirse a algún otro punto convenido, o bien a ocultarse en las escabrosidades de los cerros o del monte del Ajusco, que era su más seguro y acostumbrado asilo.

Don Lucas Alamán refiere que Pedro El Negro tenía una cueva en el monte del Ajusco, en la cual hacía arrojar los cadáveres de las víctimas que sacrificaba.

En resumen, fue preciso que se redoblara, con inusitado empeño y vigor, la persecución contra El Negro, no sin que durante más de un año lograra todavía burlar esa persecución, causando graves males y frecuentes temores a sus enemigos.

Por fin, y después de continuas y empeñosas expediciones contra el tan

temido y sanguinario Pedro Rojas, se logró su captura cerca de la Hacienda del Arenal el 21 de enero de 1818, por una partida realista del Comandante de la Villa de Guadalupe, don Rafael Casasola, quien comunicó al virrey Apodaca tan importante y plausible suceso para las armas realistas, diciéndole que, después de más de 200 leguas de marcha y contramarcha, sin descanso alguno, se había logrado coger "al horrendo y desnaturalizado monstruo, que confesó 'haber' asesinado más de seiscientas personas inermes de ambos sexos y edades, sin poder calcular las que ha cometido en las diferentes acciones de guerra en que se ha hallado desde el principio de la actual rebelión".

El comandante Casasola ordenó inmediatamente la ejecución de Pedro Rojas, sin otra fórmula que haberle tomado una declaración verbal y ministrándole los auxilios espirituales el cura de San Agustín de las Cuevas.

**NEGRO HABANERO. Francisco Valle.** No fue este cabecilla de la talla de los famosos Albino García, Andrés Delgado y Matías y Encarnación Ortiz, que figuraron como los más intrépidos y sobresalientes guerrilleros en el Bajío; pero sí era Francisco Valle un valiente y decidido defensor de la Independencia, a la cual consagró importantes servicios en el campo de la insurrección, desde el año de 1810; pues en la batallas de Aculco y de Calderón le tocó tomar parte como oficial de artillería.

En la historia de aquella época se habla de él algunas veces.

El tercer encuentro en que se le menciona, fue a principios de 1811 en Guanajuato, cuando, unido con el cabecilla Reinoso, atacaron ambos audazmente al realista don Domingo Chico, en cuyo combate mataron a Valle el caballo que montaba.

En octubre del mismo año, le tocó concurrir a los ataques de Celaya y San Miguel el Grande, unido a las tropas del padre Pedraza, de Huacal, de Botello y de Landaverde; y en el cerro de la Cruz, cerca de San Miguel el Grande, fueron

derrotados por el comandante don Ildefonso de la Torre.

No fueron éstos los únicos hechos de armas en que tomó parte el Negro Habanero; pero como comúnmente andaba unido a otros cabecillas y jefes superiores, muy poco se le menciona en los partes oficiales, aunque al fin llegó a pagar con su vida la firme adhesión que tenía a la causa de la Independencia, pues el mes de octubre de 1812, fue hecho prisionero en la toma de la "Isla Liceaga", por el realista don Agustín de Iturbide, quien lo hizo conducir a Irapuato, donde fue pasado por las armas, en unión de los sacerdotes don José Mariano Ramírez y don Felipe Amador, capturados también en aquella fortaleza.  
(1)

[Nota de pie de página] (1) El Habanero era teniente de artillería en la citada Fortaleza. Por el apodo con que fue conocido Francisco Valle, puede suponerse que ese buen defensor de la libertad era originario de La Habana.

**NEGRO LINO, EL.** Platero de profesión y probablemente oriundo de Guanajuato. Cuando el cura Hidalgo ocupó aquella ciudad, en septiembre de 1810, el Negro Lino se afilió luego a la causa de la insurrección, a la cual prestó algunos servicios, y es casi seguro que haya seguido al ejército insurgente, porque, cuando el caudillo don Ignacio de Allende tomó Guanajuato después de la Batalla de Aculco, el Negro Lino aparece como el principal o uno de los principales instigadores de los horribles asesinatos cometidos entonces en los europeos presos en la Alhóndiga de Granaditas, pues se dice que él fue quien reunió alguna plebe para asaltar la guardia que los custodiaba, de cuyo feroz e inhumano atentado resultó la muerte de ciento cincuenta de aquellos infelices prisioneros. (Emilio del Castillo Negrete, *México en el siglo XIX*, tomo 2, pág. 334.)

**NEGRO VALERO.** No se indica su nombre en los documentos en que se le

menciona; pero se sabe que era uno de los insurgentes o cabecillas que militaban en las tropas del generalísimo don José María Morelos.

**NICHO.** Véase NIGUA.

**NIGUA, LA. Antonio Ortiz.** El inolvidable y glorioso día en que el suelo mexicano amaneció alumbrado por el esplendente sol de la Independencia, proclamada en el pueblo de Dolores, habíanse reunido en torno del benemérito caudillo don Miguel Hidalgo algunas personas resueltas a secundarlo en su noble y atrevida empresa. Entre estas pocas personas, insignificantes por su posición o valer social, pero recomendables por su grande patriotismo y amor a la libertad, se encontraban los siguientes primeros partidarios y defensores de tan sagrada causa, que no por haber nacido en pobre y obscura cuna, son menos dignos de remembranza que los que en esfera superior han merecido que la historia de México guarde sus nombres en brillantes páginas.

Antonio Ortiz, músico, alias La Nigua.

José Cecilio Ortega, sereno, El Reyeno.

Anastasio Ruis, paisano, El Trajo.

José María Rodríguez, paisano, El Nicho.

José María Romero, paisano, Chemiscua.

*(México en el siglo XIX, tomo 2.)*

**NIÑO. Mariano Zárate,** originario de Naolinco, Ver. Mariano Zárate, conocido vulgarmente por el rumbo de Jalapa con el apodo de Niño, fue insurgente con el carácter de capitán en las partidas de los cabecillas rebeldes Mateo y José María Ochoa, que Militaban bajo las órdenes del caudillo don Guadalupe Victoria, en la provincia de Puebla, el año de 1817.

Zárate haba cometido la punible falta de desertar de las filas insurgentes, presentándose a indulto ante el jefe realista Monteverde, y por esta razón el general Victoria recomendaba a don Mateo Ochoa que donde quiera que se lograra capturar a Zárate, lo hiciera pasar por las armas, en virtud del mal ejemplo que había dado su infidencia.

Poco tiempo después, y encontrándose Zárate en Jalapa, le fue sorprendida una carta que le dirigía el cabecilla Agustín Domínguez, en la que le hablaba del proyecto que tenía convenido para que fuera asesinado el jefe realista don Manuel Concha, comandante general de la provincia de Puebla, así como la conveniencia de que agitara en Jalapa la conquista de gente en favor de la insurrección, por lo que se le ofrecían en premio dos charreteras y 200 onzas de oro.

La referida carta dio motivo a que se redujera a prisión a Zárate y se le instruyese causa por los referidos cargos; pero Zárate los negó, alegando que dicha carta era un ardid de sus enemigos, resentidos porque se había indultado. Como el proceso respectivo está trunco, se ignora lo que sucedería después a Zárate. (*C. de I.*, tomo 149, expediente núm. 1961, Archivo General y Público de la Nación.)

**NOGALEÑOS, LOS.** Cabecillas insurgentes que anduvieron en Michoacán con el cura coronel don Luciano Navarrete y con Arias y Villalongín.

Los referidos Nogaleños, de quienes se tienen pocas noticias, derrotaron, el 1º de mayo de 1814, cerca de Jocotepec, a la 2ª División del Ejército de Reserva, haciéndole numerosos prisioneros y heridos y quitándole cuatro cañones, algunas armas y parque. (*O. de G. de realistas.* Iturbide, Agustín, tomo 3, f. 291, Archivo General y Público de la Nación.)

**NORTEAMERICANO, EL. TOMÁS...** Dirigíase el brigadier realista don José de

la Cruz, sobre la ciudad de Valladolid, en los últimos días de diciembre de 1810, y al saber su aproximación don José María Anzorena, intendente nombrado por el cura Hidalgo, se apresuró a evacuar dicha ciudad, dejando en el colegio de la Compañía de Jesús a ciento setenta españoles que tenía presos.

En medio de la anarquía y el desorden que produjo la salida de Anzorena, apareció un herrero de Toluca llamado Tomás y conocido por El Norteamericano, azuzando a la plebe para que fuera a degollar a dichos españoles, los cuales habrían sido inhumanamente sacrificados, si la oportuna intervención del gobernador de la Mitra, don Mariano Escandón, y otros eclesiásticos, no hubiera impedido que se consumara la matanza intentada en aquellos indefensos europeos, para lo cual fue preciso que saliera el Viático en procesión, calmando así el furor de la turbulenta multitud. (*México a Través de los siglos*, tomo 3, pág. 149.)

**ONCE MIL VÍRGENES, LAS. Felipa, Antonia, Feliciano, María Martina, y María Gertrudis Castillo**, originarias del rancho de Tepozán, en los Llanos de Apam.

El mes de enero de 1815, se encontraba de guarnición en Apam el Comandante realista don José Barradas, y habiéndosele informado que allí residían unas mujeres conocidas con el apodo de Las Once Mil Vírgenes, adictas al partido de la insurrección, y que se ocupaban de seducir gente para que fuera a incorporarse a los rebeldes, quiso persuadirse de la verdad, y a este fin hizo que sus soldados, previamente instruidos para descubrir en flagrante delito a dichas mujeres, fueran a ponerse en contacto con ellas, ofreciéndoles pasarse por su conducto a las filas insurgentes.

En efecto, los soldados referidos se apersonaron desde luego con Las Once Mil Vírgenes a quienes hicieron creer que ellos estaban disgustados y aburridos en su regimiento, porque se les trataba mal y les habían dado palos, y por lo

mismo tenían grande deseo de irse con los insurgentes. Las pobres mujeres, crédulas y sin sospechar la astuta trama de los soldados realistas, cayeron en ella, ofreciéndoles una carta para que el llamado cabecilla Nabor los admitiera en sus filas. Así es que, conseguido el intento de dichos soldados, éstos fueron a dar parte al comandante Barradas, quien a su vez comunicó el asunto al brigadier don José María Jalón.

Felipa Castillo fue sentenciada a la pena de cuatro años de trabajos en la cárcel de Las Recogidas, y José Sebastián Ávila a ocho años de servicios en las armas. (*C. de I.*, tomo 93, expediente 14, Archivo General y Público de la Nación.)

**PACHONES, LOS. Matías, Encarnación y Francisco Ortiz.** Originarios del rancho de La Pachona, en el Partido de Pinos, Estado de Zacatecas.

La insurrección había cundido rápidamente en varios puntos del Distrito de Pinos, propagándose hasta entre los campesinos de los ranchos donde se fabricaba vino de maguey, llamado mezcal. Ese movimiento revolucionario alarmó a las autoridades realistas, obligándolas a dictar medidas represivas y tiránicas con el fin de sofocar dicho movimiento; pero lejos de conseguir tal objeto, lo que hicieron fue precipitar a mucha gente a adherirse al partido de la insurrección. Fue entonces cuando Matías, Encarnación y Francisco Ortiz, conocidos por Los Pachones, se lanzaron animosos a defender la causa de la Independencia.

Aunque los citados Pachones anduvieron combatiendo juntos, será preciso darlos a conocer separadamente, para que se vea lo que cada uno de ellos hizo en favor de la Independencia.

**Matías Ortiz.** Comenzó a hacerse notable como patriota decidido y como guerrillero temible y valeroso, militando a las órdenes del doctor don José María

Cos, cuando éste fungía como comandante general de la provincia de Guanajuato el año de 1812.

Los combates más señalados, de los muchos en que tomó parte Matías, fueron los siguientes:

El 28 de junio del mismo año, atacó al capitán Vicente Bustamante, que regresaba de una expedición a la sierra de Guanajuato logrando derrotarlo y quitarle un buen número de caballos y ganado menor. En ese combate murieron Bustamante, y seis de sus oficiales.

Pocos días antes del combate anterior, había derrotado, cerca de Villela, a "los patriotas" de dicha hacienda y a los de Santa María del Río, capitaneados por don Ignacio Juárez.

La actividad del guerrillero insurgente era notable, pues no solamente se ocupaba de hostilizar y combatir a los realistas en el campo de la guerra, sino que estableció una fábrica de pólvora y de cañones en el lugar llamado Villa de Reyes, la que fue destruida por el citado Melgares.

En la Cuesta Grande, cerca de Silao, derrotó con 400 hombres al realista Gaspar López, haciéndole varios muertos y heridos.

Concurrió al encuentro de armas que don Rafael Rayón sostuvo, en San Miguel el Grande, contra el realista Mariano Rivas. (17 de abril de 1814).

Por tercera vez atacó a Ojuelos, con 300 hombres, cuyo lugar defendía el valeroso cura realista don Pablo Morán.

El cura Morán decía que Matías Ortiz era el Goliat de los Insurgentes.

El 14 de octubre de 1814, unido a don Víctor Rosales y a don Fernando Rosas, tomó parte en la derrota que sufrió el realista don Santiago Galdámez, cerca de La Jaula.

El infatigable Matías, cuyo principal campo de acción estaba en las sierras de Ibarra y de Comanja, sucumbió al fin, combatiendo contra los realistas en el Bajío, el mes de noviembre del año referido, y su cuerpo fue sepultado en el

pueblo de Dolores.

La tropa que seguía al indomable y patriota insurgente quedó después bajo el mando de su hermano don Encarnación Ortiz.

**Encarnación Ortiz.** La táctica de Ortiz era casi la misma que empleaban Albino García y Andrés Delgado, El Jiro; esto es, el ataque brusco e intempestivo, la emboscada, la guerra en pequeñas partidas, a fin de inquietar constantemente al enemigo y hostilizarlos donde quiera que la ocasión se presentaba. Sin embargo, no fue solamente ésta la manera con que Encarnación peleaba contra los realistas, sino más bien los combates serios o formales, pues al lado de los bravos don Víctor Rosales, don Pedro Moreno y el inmortal Mina, se distinguió tomando parte en varios hechos de armas notables, como fueron la heroica lucha en el fuerte de los Remedios, defendido por el cura don José Antonio Torres; los ataques a Guanajuato y a León por el general Mina, y la defensa del Fuerte de San Miguel o Mesa de los Caballos, que el año de 1814 sostuvieron con tanto ardor el mismo Ortiz y su hermano Francisco, combates, favorables o adversos, en los que siempre estuvieron a una misma altura el valor y la constancia de Los Pachones.

Encarnación Ortiz concurrió también a los siguientes importantes combates:

Contra el realista Bernadino Díaz de Cosío, cerca de la Villa de la Encarnación (enero 12 de 1814).

Unido a Rosales, don Pedro Moreno y Hermosillo, derrotaron, en los Altos de Ibarra, a don Marcos Bagües, a quien hicieron 200 muertos y 65 prisioneros (agosto de 1814).

En La Jaula, donde fue derrotado el realista Santiago Galdámez (octubre. 14 de 1814).

En el pueblo de Dolores, donde Ortiz combatió con 800 hombres contra Orrianta, quien le infirió seria derrota (septiembre de 1815).

En San Juan de los Llanos, donde fue derrotado y muerto el coronel realista don Cristóbal Ordóñez (junio de 1817).

El ataque dado por el mismo Ortiz a Guanajuato, penetrando hasta la plaza de San Ramón y poniendo en grande alarma a los realistas (agosto 10 de 1817).

El combate que el cura Torres sostuvo contra el coronel realista don Anastasio Bustamante, en el punto llamado Los Frijoles, donde fue derrotado dicho cura (abril 28 de 1818).

Pocos días después, andaba por la Sierra del Norte, unido con Santiago González, Trinidad Zamora y otros, y en esos días (diciembre de 1819) el cura de Guanajuato, don Tiburcio Incapié, y el doctor don Felipe Vázquez, habían entablado secretas relaciones con Ortiz, a efecto de hacer que se presentara a indulto.

Al fin Ortiz, vencido por las astutas gestiones que le hicieron y por la lisonjera pintura de un feliz cambio de situación, debido a las liberales tendencias del nuevo orden de cosas, emanado del restablecimiento de la Constitución de 1812, consintió en aceptar el indulto que se le ofrecía, ofreciendo perseguir a todos los "pertinaces rebeldes" que quedaban, para lo cual pedía se le concediera el título de capitán de realistas, así como el de teniente a su hermano Francisco y el de alférez a su compañero Félix Orta. Pedía igualmente la libertad de su hijo impúber, la del licenciado don Ignacio Ayala y la de Yáñez.

Ortiz había escrito a su hermano Francisco, excitándolo a que también se acogiera a la gracia del indulto, e igualmente se ocupó de dirigir aviso a todos los que se nombraban americanos, exponiéndoles los motivos que le impulsaron a someterse a la autoridad del rey, recomendándoles secundaran su ejemplo para que así se pusieran a cubierto de los males que les esperaban y de las duras penas a que pudieran hacerse acreedores por su rebeldía. (*O. de G. de realistas*, Linares, Antonio, tomo 13, pág. 97, Archivo General y Público de la Nación).

Sin embargo, si censurable fue la flaqueza que Ortiz cometió entonces, muy pronto debía lavar, con un hecho heroico y con su propia sangre, la oscura mancha que había caído, en hora malhadada, sobre su nombre de intrépido guerrero y de intransigente patriota.

Don Agustín de Iturbide, furibundo y sanguinario perseguidor de los insurgentes, cuando estuvo al servicio de la causa del rey, se había lanzado de nuevo al teatro de la guerra aparentemente con el fin de seguir defendiendo dicha causa; pero en realidad para proclamar la Independencia, que tanto había combatido antes, como en efecto la proclamó en el pueblo de Iguala.

El afamado Pachón se incorporó a Bustamante con un cuerpo de caballería, compuesto de la mejor y más atrevida gente de la Sierra Gorda de Guanajuato, y como el citado Bustamante sabía muy bien de lo que era capaz el célebre insurgente, le dispensó merecidas consideraciones y afectos, a pesar de que antes habían sido los dos encarnizados y tenaces enemigos.

**Francisco Ortiz.** Francisco tenía el grado de teniente coronel y fungió algún tiempo como comandante de armas de la demarcación de San Felipe.

Cuando el general Mina abandonó el ataque que había emprendido sobre Guanajuato, a fines de octubre de 1817, se dice que Francisco Ortiz hizo prender fuego al tiro general en aquella ciudad, originándose de esto el incendio de algunas casas adyacentes. Esto disgustó fuertemente al general Mina, quien por ese desmán reprimió a Francisco, el cual, después de la muerte de dicho caudillo se fue a seguir combatiendo al lado de Encarnación, hasta que ambos aceptaron la gracia de indulto en Guanajuato a fines de 1820, sirviendo algún tiempo al gobierno realista.

Después de esto, ni la historia, ni los documentos oficiales de aquella época, mientan más el nombre de Francisco Ortiz.

**PADRE ETERNO.** Véase VARIOS.

**PADRE CHOCOLATE.** Manuel Muñoz, originario de Silao. De él dice don Francisco Ignacio Castañeda que, con motivo de que el cura Hidalgo mandó poner presos a muchos europeos en la cárcel de Valladolid, el intendente Anzorena había nombrado al Padre Chocolate en calidad de custodio o alcaide de dichos europeos. He aquí lo que Castañeda decía acerca del encargo conferido al padre Muñoz por Anzorena:

...no pudo este viejo infame *haber* escogido para el efecto, hombre a monstruo más a medida de sus feroces y bárbaros deseos: los oprimió (a los europeos presos), y afligió incesantemente, hasta llegar a tener ferocidad bastante de corazón para con conocimiento entresacarlos para el degüello, según las listas que de aquellos recibía, asegurándose también *haber* cambiado por sí mismo la desgracia de unos en otros, a fuerza de cohechos; por esta conducta, luego que entraron las Tropas del Rey, fue procesado y puesto en prisión; se le puso en libertad el 22 de julio, *quando* con motivo de la victoria entonces conseguida contra los Rebeldes, no quedó en la prisión un solo *delincente*...

(O. de G. de Realistas. Acusados de infidencia, tomo 1, página 220, Archivo General y Público de la Nación.)

No obstante haber sido puesto en libertad, al poco tiempo reincidió en el delito de infidente y se le volvió a poner preso, en la cárcel correccional de Valladolid, el año de 1815; pero se ignora cuánto tiempo duró recluso esta segunda vez.

El historiador Alamán considera que fueron algo exageradas las inculpaciones de crueldad atribuidas al Padre Chocolate.

**PÁJARO, EL. Esteban o Agustín Rodríguez.** Éste anduvo con una guerrilla insurgente por el Bajío, y militaba a las órdenes del cabecilla Miguel Borja y de Pedro El Aguador (1812 a 1816). Era guerrillero valiente y temido de los realistas.

**PAPATULLA. Mariano Rodríguez.** Con el carácter de coronel prestó sus servicios a la causa insurgente, en la provincia de Puebla; pero no se sabe cuándo ingresó en las filas de la revolución.

Rodríguez pertenecía a las tropas del brigadier don Francisco Osorno y sus operaciones militares tenían lugar principalmente en el distrito de Tepeji de la Seda y puntos limítrofes.

Hallábase Rodríguez con una pequeña fuerza en el pueblo de Zacapala, y advertido de esto el coronel realista don Félix de la Madrid, ordenó al capitán Pedro Zapata que saliera a sorprender al citado Rodríguez. Zapata marchó de Tehuicingo con tal objeto, el 1° de octubre de 1816, logrando encontrar al cabecilla insurgente en el citado pueblo de Zacapala; pero tan pronto como se avistó la tropa realista, que fue a la madrugada del día siguiente, Papatulla se parapetó con su tropa en la iglesia, desde donde hizo una vigorosa resistencia, sin que durante el combate pudieran los enemigos vencer, por medio de las armas, a la bizarra tropa americana. Por tanto, le fue preciso al capitán realista ordenar, después de algunas horas de rudo y sangriento combate, que se prendiera fuego a la iglesia. Solamente de esta manera y cuando el humo y las llamas del incendio impidieron a los insurgentes seguir defendiéndose, se consiguió dominarlos, no sin que hubieran causado algunos daños a los asaltantes.

Rodríguez y casi todos sus bravos compañeros quedaron en poder de los realistas, pero en el parte que a este suceso se refiere, no se dice la suerte que correría el valiente Papatulla. (*O. de G. de realistas*, Ciriaco, Llano, tomo 22, f.

37, Archivo General y Público de la Nación.)

**PATANGO. Mariano Guerrero.** El coronel realista don Francisco de las Piedras, que fungía como comandante militar del distrito de Tulancingo, deseando atraer a la obediencia al insurgente, coronel don Mariano Guerrero, conocido con el apodo de Patango, le dirigió, en enero de 181, un oficio en el que lo excitaba a que abandonase las filas de la revolución y se sometiera al generoso indulto que le ofrecía en nombre del rey, siempre que, poseído de un sincero arrepentimiento, aceptara dicha gracia y alguna ventaja que también le ofrecía.

La contestación del coronel Guerrero revela claramente que éste era un firme defensor de la libertad mexicana y un patriota decidido, a quien no deslumbraba ni seducía el brillo halagador del oro y el atractivo de una vida holgada, supuesto que su corazón lo sentía rebotante de amor por la patria, a la cual estaba dispuesto a consagrar toda la fuerza de sus energías y patriotismo.

**PATITAS, Juan García.** Este guerrillero, según aparece de un parte que don José María Hornelas dirigió al general don José de la Cruz, desde Teocaltiche; el 4 de julio de 1814, fue derrotado en el Monte de las Cuartillas, cerca de aquel lugar, por el mismo Hornelas. Juan García huyó de la persecución que se le hizo, internándose en la provincia de Zacatecas.

**PERLA DEL LAGO, LA. Gertrudis Vargas.** A principios de la pasada centuria, refiere el señor Fulgencio Vargas, residía una noble matrona en el pueblo llamado Puerta de Andarácua, a orillas del pintoresco lago de Yuririapúndaro, estado de Guanajuato. Esa matrona, aparte de los sentimientos de caridad y filantropía que la caracterizaban, distinguíase también por su leal y espontáneo afecto a la libertad de la patria.

Así es que cuando el inmortal caudillo de la Independencia, después de

haber proclamado la redención del pueblo mexicano, en Dolores, penetró en la provincia de Michoacán, a la cabeza de sus atrevidas huestes, presentósele en la Loma de Zempoala doña Gertrudis Vargas acompañada de su hijo José María Magaña, a quien expresamente llevó para ofrecerlo al cura Hidalgo, como un soldado o defensor de la Patria, suplicando al ínclito Caudillo lo aceptara, e hiciera que, cuando llegase la hora del combate, fuese de los primeros en empuñar las armas, colocándolo en los puntos de mayor peligro.

Pocos días después, don José María Magaña, militaba en el ejército insurgente con el grado de capitán.

**PELÓN CHILAQUES. José María Ramírez. Véase CHALLO.**

**PERRITO, EL. Lázaro.** Se ignora su apellido; era originario de la Hacienda de Bañón, estado de Zacatecas.

Lázaro militaba en las fuerzas de don Víctor Rosales, y con el grado de capitán mandaba una guerrilla de 25 ó 30 hombres, la que dependía del cabecilla Sebastián González, titulado coronel.

Solamente se sabe que El Perrito contaba con gente atrevida y que, el 8 de febrero de 1816, llevando sólo 20 hombres, se arrojó sobre las fuerzas realistas del comandante don Eugenio José de Oviedo, que contaba con número superior de soldados, trabando rudo combate, por más de dos horas, en la estancia de Santa María, cerca de la hacienda de Punteros (San Luis Potosí). La suerte fue adversa al cabecilla insurgente, pues a pesar del denuedo y encarnizamiento con que se batió en dicho encuentro, fue derrotado, dejando doce muertos en el campo y tres prisioneros, que fueron fusilados el día 9 del mismo mes, en la hacienda del Espíritu Santo. (*O. de G. de realistas*, Torres Valdivia, tomo 8, Archivo General y Público de la Nación).

**PERRO, EL.** Valiente y temible cabecilla que, en unión de otro, apodado El Sancarleño, andaba por el rumbo de Temascancilgo, el año de 1818. Ambos fueron perseguidos tenazmente por las tropas realistas, hasta que el teniente coronel don Andrés Torres logró capturarlos cerca de dicho lugar, e inmediatamente hizo que fueran pasados por las armas. (*Clero regular y secular*, tomo II, pág. 106, Archivo General y Público de la Nación).

**PESCADORES, LOS.** Véase VELERO.

**PESCUEZO. Joaquín Ponce de León.** Este individuo era nativo de Valladolid, y fue uno de los cómplices de la conspiración tramada allí, a fines de 1813, por don Anastasio Borbón, don Juan Soravilla, el padre don Martín García Carrasquedo y otros.

Ponce era músico y cantor de aquella catedral, y en su casa se celebraron bailes y reuniones, en las que se cantaban versos sediciosos y una marcha insurgente a Morelos, por lo que se le puso en la cárcel y se le procesó, en unión de otras personas acusadas como cómplices en la referida conspiración.

Fue sentenciado a destierro de un año, fuera de Valladolid, en compañía de su mujer, María Josefa Orozco, y estuvo preso cuatro meses.

**PESETA. Antonio Castilleja,** originario de Valladolid. En la causa que el mes de marzo de 1817 se comenzó a instruir en aquella ciudad contra el cabecilla insurgente Ignacio Arzate y socios, por el delito de haber andado en las tropas del cura Morelos, aparece que Antonio Castilleja fue uno de los comprendidos en la citada causa, acusándosele de que había tenido parte en dicha insurrección, sirviendo como recaudación de contribuciones en el pueblo de Ocuila, y que a la muerte del cabecilla Mariano Gómez, lo había substituido Castilleja, por orden de otro cabecilla apellidado González.

El citado Castilleja estuvo preso en la cárcel de Cuernavaca, y tanto él como sus compañeros de prisión fueron sentenciados a destierro a España, y remitidos bajo partida de registro al juez de Arribadas de Cádiz, para que allá disfrutaran la real gracia de indulto. (*C. de I.*, tomo 1, pág. 25. Archivo General y Público de la Nación).

**PICADOR, EL.** Se ignora su nombre. Con el carácter de capitán prestó sus servicios a la causa de la Independencia, en la tropa del coronel Fr. Laureano Saavedra, y sucumbió en el combate que cerca de Celaya tuvo lugar entre los insurgentes y el comandante realista don Francisco Guizarnótegui, el 28 de diciembre de 1811.

Esto es lo único que sé sabe acerca del referido Picador.

**PIMPINELA, LA. Isabel Moreno,** originaría de Lagos. Refiere el doctor don Agustín Rivera, en su opúsculo intitulado *Viaje a las ruinas del fuerte del Sombrero*, que doña Isabel Moreno era mujer adicta a la causa de la Independencia y que alguna vez tuvo una disputa con doña Ana Jaso, que era muy realista, y a la cual había levantado las ropas para darle nalgadas.

**PINACATE, EL. Victoriano González.** Lo único que he podido inquirir acerca de este insurgente, es que merodeaba con una pequeña guerrilla por varios pueblos inmediatos a México.

**PINTO, EL. Florencio N.** Este cabecilla, cuyo apellido se ignora, pertenecía a las tropas insurgentes del padre don José Manuel Izquierdo, que andaban por Sultepec, el año de 1817.

El Pinto y un compañero suyo fueron sorprendidos, la noche del 12 de abril de dicho año, por el teniente coronel realista don Francisco Salazar, en el pueblo

de Almoloya, quien inmediatamente, y sin haberles formado sumaria, los mandó pasar por las armas, previos los auxilios correspondientes. (*O. de G. de realistas*, Manuel, Concha, tomo 6, pág. 81. Archivo General y Público de la Nación.)

**PINTO, EL. José Gutiérrez.** Cabecilla insurgente que andaba en el hoy estado de Guerrero, el año de 1814, y al que se perseguía tenazmente. Fue a refugiarse; encontrándose bastante enfermo, al pueblo de Cualcaco, donde falleció, el 25 de noviembre de dicho año, dos días antes de que llegara allí una fuerza realista, que iba con el fin de capturarla (*O. de G. de realistas*, Armijo, Gabriel, tomo 3, f. 187, Archivo General y Público de la Nación.)

**PÍPILA, EL. Juan José Martínez** (1). Doce días después de que el cura don Miguel Hidalgo había lanzado el grito de libertad en el pueblo de Dolores, la ciudad de Guanajuato experimentaba una terrible conmoción, un sacudimiento intempestivo, ocasionado por la presencia del primer ejército insurgente, que en número de valientes, mil hombres y acaudillado por dicho sacerdote, se había presentado en aquella ciudad, el 28 de septiembre de 1810.

**[Nota de pie de página]** (1) Algunos historiadores le asignan otros nombres del que ciertamente le corresponde.

El caudillo de la revolución, deseando que no hubiera derramamiento de sangre, pidió al intendente Riaño que le rindiera la plaza; pero esta intimación fue contestada con una terminante negativa.

No quedaba, pues, al cura Hidalgo, otro recurso que el de apoderarse de Guanajuato por la fuerza.

Entre las multitudes andaba un joven barretero como de veinte años de edad, de pelo rubio, ojos azules y fisonomía inteligente y picaresca. Ese joven era Juan José Martínez, barretero de la mina de Mellado, quien, como casi todos los

de su clase, estaba acostumbrado a acometer trabajos peligrosos y a emplear el valor y la audacia, cuando era necesario. Juan José Martínez era conocido entre sus compañeros con el apodo de Pípila.

La alhóndiga de Granaditas era el único asilo que quedó al intendente Riaño y a los que con él se resolvieron a esperar allí el formidable choque de los insurgentes, porque en la imposibilidad de defender otros puntos de la población se limitó la defensa a aquel estrecho y fortificado recinto; y, por lo tanto, éste fue el objetivo principal del ataque en aquella sangrienta jornada.

El intendente Riaño, hombre pundonoroso y de inequívoco valor, había caído muerto por una bala que le atravesó la frente; pero este desgraciado suceso no disminuyó la resistencia de los realistas, y antes, por lo contrario, siguieron defendiéndose con desesperación, resueltos a sucumbir en aquella ciega y obstinada lucha.

El cura Hidalgo estaba impaciente y emocionado a la vista de aquella tremenda escena, y deseando poner fin a ésta y que no se siguiera derramando más sangre en paulatinos y estériles esfuerzos, creyó que el recurso más expedito para penetrar a la fortaleza era el de romper o quemar su puerta principal. Pero, ¿quién se encargaría de ejecutar tan peligrosa comisión? ¿Quién querría arriesgar la vida para proporcionar a los asaltantes la entrada en el interior de Granaditas?

El cura Hidalgo dirigió entonces la vista a un grupo del populacho, y descubriendo entre él a Juan José Martínez, que se había distinguido excitando y animando a la plebe, le dijo éstas o semejantes palabras: "Sería bueno quemar la puerta de la Alhóndiga, Pípila. La patria necesita de tu valor". El intrépido muchacho no vaciló al escuchar la respetable voz del sacerdote caudillo, y procurándose luego una losa o piedra plana, y una tea de resina, como las que usaban los barreteros en sus trabajos subterráneos, se cubrió la espalda con dicha losa, y empuñando la tea con la mano derecha, avanzó, escurriéndose o

deslizándose hacia la puerta del castillo, y aunque le llovían las balas sobre su improvisada coraza, pudo llegar a poner fuego a la referida puerta. Las llamas comenzaron a devorarla, y a la vez que el pánico se apoderaba de los sitiados, las insolentadas turbas se precipitaron furiosas sobre la Alhóndiga, pasando por entre las llamas y el humo de la incendiada puerta.

La hazaña ejecutada con pasmoso atrevimiento por el héroe plebeyo, de gabán de jerga y de sombrero calañés, fue realmente acto de temerario valor y de patriótica abnegación. Desde entonces se hizo célebre Juan José Martínez, y la historia abrió sus páginas para inscribir merecidamente el hombre de aquel intrépido y entusiasta partidario de la Independencia. (Bustamante. *Cuadro histórico*, tomo 1, pág. 39; Gerardo Silva, *Glorias nacionales*, pág. 15; *Museo mexicano*, tomo 4, pág. 205; Zamacois, tomo 60, pág. 384).

Se asegura que El Pípila murió en el combate del Maguey, en que fue derrotado don Ignacio Rayón, el 3 de mayo de 1811.

**PITO AGUACATE.** Véase CHALLO.

**POCARROPA. José Eusebio Mártir.** Este individuo era capitán y pertenecía a la guerrilla insurgente de Cayetano Ramos, (alias Capitán Pepe), y cuando éste fue derrotado en la Noria del Tecomate, cerca de Salinas del Peñón Blanco, por una partida del cura realista don Francisco Álvarez, José Eusebio se pudo escapar de ser prisionero; mas a los pocos días fue capturado cerca de Pinos, en unión de Obispo Reyes y de Rufino Blanco, todos los cuales fueron pasados por las armas en dicho lugar, el 25 de enero de 1815. (*Oficio de Andrés López Portillo al brigadier Manuel Torres Valdivia*, Archivo General y Público de la Nación).

**POLVORILLA, EL. Vicente Enciso,** oriundo del Real del Monte y de oficio

tejedor.

A mediados del año de 1819 fue descubierta una conspiración contra el gobierno realista, en los Llanos de Apam, en el cual aparecían como agitadores y emisarios principales, Marcos García y Miguel Serrano, quienes fueron encausados, por tal motivo, en Tulancingo, habiéndose descubierto también que Vicente Enciso (alias Polvorilla) era el conductor de la correspondencia entablada entre dichos conspiradores y los insurgentes de aquel rumbo; pero no se sabe si fue capturado o si llegó a imponérsele algún castigo.

**QUERETANOS, LOS. Guadalupe y Matías Sánchez.** Véase VARIOS.

**RATÓN, EL.** Se ignora su nombre. Este cabecilla y otro, nombrado Barrabás, andaban a principios de 1811 por Huichapan, Cadereyta, Zimapán y otros lugares de aquel rumbo, y dícese de ellos que eran valientes y temibles, pero turbulentos y desordenados. Militaban bajo las órdenes de los Villagranes y de don Eduardo Magos; hermano del famoso insurgente doctor don José Antonio del mismo apellido.

**RATÓN, EL. José María Villaseñor.** Tambor Mayor del Batallón Ligero de Infantería Provisional de México.

Se le formó causa en Valladolid, el mes de septiembre de 1811, acusado de tener correspondencia con el coronel insurgente don Manuel Muñiz, a quien había ofrecido unirse y llevar también otros soldados del referido Batallón.

El proceso fue adverso al infortunado Villaseñor, pues agotados los recursos que tocó para librarse de algún castigo, se le sentenció a ser pasado por las armas, sentencia que se ejecutó el 4 de septiembre de 1811, fusilándolo por la espalda como traidor. (C. de L., tomo 2, Archivo General y Público de la Nación.)

**REYENO, EL. José Cecilio Ortega.** Véase NIGUA.

**ROMPEDORA, LA. María Guadalupe,** india del pueblo de San Vicente, jurisdicción de Coatepec, Chalco.

Esta era una mujer viuda que se ocupaba frecuentemente de comunicar noticias a los insurgentes, acerca de lo que hacían los realistas de dicho pueblo, y de dónde y cómo se ocultaban para escapar de la persecución de los rebeldes. Algunas veces iba La Rompedora a Texcoco y otros lugares a darles personalmente dichas noticias, y como la conducta de esa mujer llegó a oídos del gobernador y república del citado pueblo de San Vicente, mandó el referido gobernador aprehenderla y formarle sumaria, acusándola también de que estaba en inteligencias secretas con el cabecilla insurgentes José Zapotla para que éste y los suyos sorprendieran al alcalde del pueblo, saquearan su casa, lo colgaran y cometieran otros atentados contra varias personas del mismo lugar.

Sin embargo de que en las actuaciones respectivas no resultaron suficientes datos o motivos para imponer a la reo alguna pena corporal, el subdelegado de Chalco, licenciado don Manuel Neyra, temía que si La Rompedora quedaba en libertad, se experimentarían desgracias en aquel pueblo, por lo que creyó conveniente remitir a México a la acusada; pero el oidor Bataller dictaminó que se le pusiera en libertad, lo que se verificó el 21 de marzo de 1815. (*C. de I.*, tomo 93, expediente núm. 17, Archivo General y Público de la Nación.)

**RONCO, EL. Manuel Aguilar.** Este fue uno de los capitanes insurgentes que, en la costa de Veracruz, anduvieron con el padre coronel don José Antonio Lozano, y era comandante del Cantón de Coazintla; pero en agosto de 1813 desertó de allí, llevándose algunos hombres armados, por lo que el padre Lozano pidió al general don Francisco Osorno la aprehendiese y se lo remitiera para castigar sus faltas e insubordinaciones. (*C. de I.*, tomo 84, expediente núm.

2, Archivo General y Público de la Nación.)

**SALMERÓN. Tomás Baltierra**(1). Entre la multitud de cabecillas insurgentes que combatieron en el Bajío en defensa de la Independencia, figuró Tomás Baltierra, y aunque no fue tan notable como Albino García, El Manco; como Encarnación Ortiz, El Pachón, y como Andrés Delgado, El Jiro, no por eso dejó de distinguirse como guerrillero audaz y valiente y como activo y buen patriota.

Salmerón apareció en el campo de la lucha a principios de 1811, y se titulaba brigadier y comandante de las Divisiones Nacionales del Norte, aunque se sabe que solamente llegó a mandar un grupo como de 500 a 600 hombres.

En un parte del comandante don Anastasio Brizuela al brigadier don José de la Cruz, se dice que Salmerón murió en el ataque que el cura don José Antonio Torres y los PP. Navarrete y Uribe dieron, el 16 de febrero de 1814, en La Piedad, a dicho Brizuela.

**[Pie de página]** (1) Parece que el nombre de Salmerón era su segundo apellido de Baltierra.

**SANCARLEÑO, EL.** Véase PERRO.

**SEGUIDILLO, EL. Francisco Peña.** Valiente cabecilla que anduvo unido al insurgente Vargas en la Nueva Galicia, los años de 1811 a 1812, y que sucumbió en un encuentro con las tropas del coronel realista don Pedro Celestino Negrete. (Alamán, *Historia de México*, tomo 3, pág. 183).

**SIMONELA. Simón Pantoja.** Véase VARIOS.

**TAMBORERO, EL. José María N.** Indio originario de Texcatlitlán jurisdicción de Temascaltepec, en la intendencia de México.

Este individuo fue acusado de infidente y se le formó sumaria en Temascaltepec, en noviembre de 1819; pero se ignora cuánto tiempo estuvo preso y si se le impuso alguna pena.

**TATA GILDO. Hermenegildo Galeana**, originario da Tecpan, estado de Guerrero.

Cerca de dicho pueblo existía una hacienda llamada El Zanjón, perteneciente a don Juan Galeana, hermano de Hermenegildo, de la cual éste era el administrador.

Acababa de estallar la revolución de la Independencia, y el fuego del patriotismo comenzó a incendiar algunos pueblos de la provincia de Michoacán. El cura de Carácuaro, don José María Morelos, se había puesto a las órdenes del primer caudillo o de la insurrección, quien lo comisionó para que organizara tropas y fuera a atacar el puerto de Acapulco. Dirigiase a dicho lugar el cura Morelos, cuando, a su paso por el pueblo de Tecpan, se le unió allí don Juan Galeana con alguna gente y un pequeño cañón llamado El Niño.

Don Hermenegildo comenzó a hacerse notable en los campos del Veladero y La Sábana, frente a Acapulco, donde una tropa realista lo acometió briosamente a la bayoneta; pero sin lograr desalojarlo de las posiciones que defendía (abril de 1811).

El general Morelos se dirigía a Chilpancingo, en mayo del año de 1811; pero era preciso derrotar antes al realista Garrote, lo que consiguió Galeana en Chichihualco y en Tixtla, facilitando así que aquel caudillo entrara en Chilpancingo, donde dejó con una pequeña guarnición a don Nicolás Bravo y a dicho Galeana. Allí los atacó el comandante don Juan Antonio Fuentes, con ímpetu y arrojo y estaban ya a punto de sucumbir los bravos insurgentes, por falta de municiones, cuando el oportuno auxilio del general Morelos convirtió en victoria la que iba a ser una segunda derrota, pues el jefe realista fue

completamente desbaratado. En ese combate decidieron el triunfo los soldados de Galeana, acuchillando y persiguiendo al enemigo hasta Tlapa.

En Huajuapán derrotó al realista Caldelas, a quien por segunda vez pudo derrotar en Tepecuacuilco, donde encontró la muerte dicho jefe. (1812).

Pero cuando don Hermenegildo Galeana confirmó los timbres de guerrero intrépido y arrojado, fue en el memorable sitio de Cuautla, donde el cura Morelos le tenía confiada la defensa de uno de los puestos de mayor importancia y peligro, en el que con indomable valentía rechazó varias veces a los enemigos, humillándolos y causándoles fuertes pérdidas.

Después de aquel sorprendente y memorable sitio, en que Morelos y todos sus sufridos y valerosos soldados dejaron imperecederos y gloriosos recuerdos, don Hermenegildo Galeana siguió, como siempre, luchando con ardor y sin descanso en pro de la justa causa, y así lo vemos trabar reñida lucha en Ozumba contra el realista don Luis del Águila; en el Cacalote, completando la derrota de Andrade; en Oaxaca, ocupando a viva fuerza los conventos de Santo Domingo y El Carmen; en Valladolid, tomando la garita de El Zapote y penetrando a las primeras calles de la ciudad, y el año de 1814, en Acapulco, sosteniendo rudo combate en el Veladero contra las tropas de Armijo, y en Tecpan, cayendo sobre los cuarteles realistas y apoderándose de armas, municiones y víveres.

El 27 de junio de 1814 habíase empeñado reñido combate, en Tantoyuca, entre la tropa de Galeana y la de Juan Ignacio Feraud, y como la suerte fuera adversa a los insurgentes en esa jornada, un incidente inesperado hizo que don Hermenegildo Galeana cayera de su caballo, por el encuentro intempestivo con una rama de árbol. Los realistas, que vieron ese incidente, procuraron cercar al indómito guerrero, quien al hacer esfuerzos para defenderse con su espada, fue atravesado en el pecho por un balazo que le disparó el realista Joaquín de León, quien viéndolo ya muerto, se apresuró a cortarle la cabeza, clavándola en la

punta de una lanza para llevarla a Tantoyuca, donde se encontraba el coronel don Francisco Avilés, que había sido testigo presencial del valor de don Hermenegildo en Acapulco y en otros lugares.

Tal fue en el campo de la lucha insurgente el ínclito Galeana, a quien la patria agradecida elevó a la categoría de héroe o de benemérito, por medio del decreto de 21 de julio de 1823, expedido por el Congreso General de la República.

**TECOLOTE, EL. Luis Antonio Conde**, originario de San Juan de los Llanos, estado de Puebla.

Este guerrillero, de quien se dice que andaba unido a otro llamado Claudio Marín y que era muy valiente y de depravada conducta, según el parte que el realista Joaquín Bonilla dirigió al comandante militar de Zacapoxtla, el 9 de febrero de 1815, fue capturado en el cerro de Acoaco, junto con su compañero Marín y dos mujeres que los acompañaban, llamadas María Guadalupe Córdova y María Tomara, del pueblo de Tenextatiloyan.

El Tecolote, al ser aprehendido, hizo vigorosa resistencia; pero los realistas lo rindieron a golpes de fusil.

Tanto José Antonio Conde como Claudio Marín fueron conducidos a Tlatlauqui, donde, previos los auxilios espirituales, se les sentenció a ser pasados por las armas, lo que se verificó el 13 de dicho mes.

**TEOLOAPAM. Vicente Calderón.** Fungió como capitán de una guerrilla insurgente, por el rumbo de La Goleta, Tenancingo y otros lugares, donde era su habitual campo de operaciones, desde el año de 1814, combatiendo y hostilizando siempre a los realistas, hasta que fue aprehendido en un punto denominado Diego Sánchez, cerca de La Goleta, por el capitán realista José María Sosa.

Se le formó luego sumaria en el Real de Sultepec; y como era de esperarse, le fue impuesta la pena del último suplicio.

**TENEZACHE, EL. Benito Loya.** Lo único que se sabe de este cabecilla insurgente es que había logrado reunir una fuerza de caballería y de infantería en número respetable, pues el día 2 de abril de 1812 le presentó acción, en la Hacienda de Villela, al comandante realista don Higinio Juárez.

Loya tenía a su mando, ese día, 300 infantes y 500 caballos. El combate fue rudo y sangriento y duró dos horas; pero el jefe realista obtuvo la victoria, según se dice en el parte respectivo, y Loya perdió allí muchos soldados muertos, 25 prisioneros, armas, caballos y otros objetos. (Hernández Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo 4; pág. 427).

**TORO, El. Pedro Moreno,** originario de la hacienda de La Daga, cerca de Lagos.

Con una pequeña tropa, compuesta de hombres valientes y dispuestos a combatir al lado de su digno jefe, el general insurgente don Manuel Muñiz, se levantó don Pedro Moreno en su hacienda de La Sauceda, el 13 de abril de 1814, invocando la santa causa de la libertad, y con esa misma tropa hizo verdaderas hazañas de atrevimiento y de valor, en muchos encuentros contra las disciplinadas y aguerridas tropas realistas, particularmente en los combates de Piedras Coloradas, La Jaula, Los Altos de Ibarra, San Juan de los Herreros, Ojo de Agua, San Juan de los Llanos, Comanjá y Fuerte del Sombrero. Sobre todo, en este último, que fue el teatro principal de sus más admirables y gloriosas proezas.

Allí, con una reducida guarnición, se defendió durante dos años contra las tropas realistas de don José Brilantí y del cura don Francisco Álvarez y también contra las del brigadier don Pascual Liñán y don Pedro Celestino Negrete,

quienes atacaron varias veces aquella fortaleza con verdadero empeño de rendirla, sin que hubieran logrado ese intento.

Sin embargo, los víveres comenzaron a escasear dentro del fuerte, lo mismo que las provisiones de guerra, y sobre todo, el agua, que fue la causa principal para que los denodados compañeros de don Pedro Moreno no pudieran seguir resistiendo los continuos ataques del enemigo.

Así es que después de haber clavado los cañones, emprendieron la salida don Pedro Moreno, el jefe americano Davis y unos 50 hombres; entre mexicanos y americanos, de los que pertenecían a la tropa del general Mina, quien algunos días antes había salido del Fuerte del Sombrero. Peligrosa y temeraria en extremo fue la empresa; pero era necesario acometerla, a riesgo de perderlo todo.

En resumen, don Pedro Moreno y los pocos que lo acompañaban pudieron salir del Fuerte, el 19 de agosto de 1817, con grave riesgo de perder la vida o de caer en manos de los sitiadores, hasta que pudo nuevamente unirse al general Mina, con quien tomó parte en los combates de La Caja y Guanajuato; pero habiendo ambos jefes intentado tomar algún descanso, se dirigieron al rancho del Venadito, donde el coronel don Francisco Orrantia logró sorprenderlos, capturando a Mina que fue después fusilado, y matando a Moreno, que sucumbió defendiéndose valientemente contra sus agresores, quienes acabaron con él a lanzazos, cortándole en seguida la cabeza y conduciéndola como un sangriento trofeo, clavada en la punta de una pica. El cuerpo mutilado del indómito caudillo fue recogido después por su hermano don Pascual y otros de sus compañeros, quienes lo sepultaron en la misma hacienda de La Tlachiquera.

Así acabó aquel insurgente intrépido, que por más de tres años combatió sin descanso y con ardiente patriotismo contra las armas españolas.

Más no fue la muerte de don Pedro Moreno la única ofrenda que él depositó en aras de la causa que defendía. Su hijo Luis, de 15 años de edad, y su

hermano Juan de Dios, sucumbieron peleando en la Mesa de los Caballos, al lado de los famosos insurgentes Matías y Francisco Ortiz, llamados Los Pachones.

Las hermanas de don Pedro, sufrieron también la persecución y los ultrajes con que los realistas se vengaron de toda aquella benemérita familia de héroes y de mártires.

Por último, don Rafael Castro, hermano político y secretario de don Pedro, fue degollado por los realistas.

La Junta de Jaujilla, concedora de los relevantes méritos del patriota don Pedro Moreno, decretó, el 9 de noviembre de 1817, una pensión a su esposa doña Rita y a sus hermanas.

Con mucha razón el pueblo mexicano, representado por el primer Congreso de la República, pagó una justa deuda de gratitud, declarando, por decreto de 19 de julio de 1823, Benemérito de la Patria en Grado Heroico al inolvidable y esclarecido caudillo don Pedro Moreno.

**TRAJO, EL. Anastasio Ruiz.** Véase NIGUA.

**TRIGUERO, EL. Guillermo Zúñiga,** originario de Santiago Undameo. Este guerrillero insurgente fue aprehendido el 28 de marzo de 1824, en unión de otros que en la hacienda de Tirio celebraban un baile, al que habían concurrido varios cabecillas insurgentes.

Los citados presos fueron remitidos a Valladolid, donde se les instruyó causa el mes de mayo de dicho año.

Varios fueron los testigos que depusieron contra Zúñiga; pero al tomarle la confesión con cargos, se sostuvo firme en una completa negativa de lo que se le imputaba, condenándosele a la pena de ocho años de presidio ultramarino.

Así es que el reo Zúñiga fue a compurgar a Filipinas una larga condena por

el delito de haber sido insurgente; pero no se sabe si volvió a su patria después. (C. de I., tomo 97, expediente núm. 13, Archivo General y Público de la Nación).

**TUATO, EL. José Medina**, de Malinalco. Desde el principio de la revolución fue insurgente y militó en la guerrilla de Juan Valerio, a quien ayudó en varios encuentros y saqueos por el rumbo de Malinalco. Fue capturado, procesado y remitido a la Real Cárcel de México, en octubre de 1811.

**TIO CURRO.** Se ignora su nombre. El Tío Curro era un andaluz dotado de buen corazón y de carácter jovial. Se había agregado a las tropas del caudillo don José María Morelos, y durante el famoso sitio de Cuautla, se atrevió el cura Morelos a ir personalmente a reconocer una posición del enemigo, viéndose pocos momentos después súbitamente atacado por los enemigos, y a punto de perecer; pero acudieron luego en su defensa algunos de sus subalternos, entre los que estaba Tío Curro, quien durante la refriega cayó del caballo. No se dice si recibió algún balazo o si al caer pudo sufrir algún fuerte golpe; lo cierto es que el animoso y buen andaluz quedó casi moribundo en poder de los realistas, quienes cebaron su saña contra él, pasándolo luego por las armas. (*Cuadro histórico* de Bustamante, tomo 2, pág. 42).

**VARIOS.** En varios partes de jefes realistas, se hace referencia a diversos cabecillas insurgentes que andaban en la provincia de Guanajuato, a los que solamente se menciona por sus apodos y nombres propios, haciéndolos aparecer como rebeldes y bandoleros; pero sin señalar ningún hecho notable que los hubiera distinguido en la Guerra de Independencia.

Los referidos cabecillas son los siguientes:

**ALCABALERO, EL:** No se conoce su nombre.

**BOTAS PRIETAS:** Julián Macías.

**COJO, EL:** Juan Briones.

**CUATE, EL:** Antonio Velasco.

**CHINILLOS:** Julián Valdés.

**CHIVERO, EL:** Manuel Frías.

**CHOPAS:** Ignacio Álvarez.

**MOLE:** Gregorio Jiménez.

**PADRE ETERNO, EL:** No se menciona su nombre.

**QUERETANOS. LOS:** Guadalupe y Matías Sánchez.

**SIMONELA:** Simón Pantoja.

**ZURDO, EL:** Tomás N.

**VELERO EL.** No se menciona su nombre; pero se dice que era originario del pueblo de Santa Cruz, Guanajuato.

Este guerrillero insurgente y los llamados Pescadores, del pueblo de Amoles, se ocupaban en hostilizar a los realistas, interceptando ganados y otros víveres destinados a los lugares que ocupaban aquéllos, por lo que a dichos insurgentes se les tenía por salteadores y bandidos.

El Velero fue tenazmente perseguido y logró sorprenderlo el teniente Manuel Arvide, en un rancho inmediato a Santa Cruz, pero sin conseguir capturarlo.

Después de esto no se sabe más acerca de dicho cabecilla. (*O. de G. de realistas*, Campo, Miguel, tomo 3, f. 18, Archivo General y Público de la Nación.)

**VENADO, EL. José María Ochoa.** Se menciona a este individuo como uno de los cabecillas de la revolución insurgente en la provincia de Veracruz, en la causa que se instruyó, el año de 1818, en Jalapa, contra Mariano Zárata (alias Niño).

**VENTA. José Rangel.** Originario de Otontepeque, jurisdicción de Tulancingo.

Fue procesado en este último punto, el mes de febrero de 1813, lo mismo que don Andrés Baños, acusados de que querían entregar la hacienda de Otontepeque a los insurgentes y de haber acometido a mano armada a los indígenas del pueblo de Santa Ana.

Rangel fue sentenciado a seis años de presidio ultramarino. (*C. de I.*, tomo 45, expediente 10, Archivo General y Público de la Nación.)

**ZALEA. José María Flores.** Este cabecilla tenía el grado de capitán y perteneció a las fuerzas insurgentes que operaban en el distrito de Toluca, el año de 1816.

Se le perseguía con actividad y encarnizamiento; pero casi siempre lograba escapar, debido a su arrojo y a los ardides con que burlaba a las tropas realistas.

Sin embargo, el capitán don José Vicente González logró sorprenderlo en un rancho inmediato a Tenango, donde fue hecho prisionero, en unión de dos soldados suyos, a todos los cuales se pasó por las armas, cerca de Calimaya, el 30 de mayo de 1816, sin más fórmula que haberles ministrado los últimos auxilios de la religión. (*O. de G. de realistas*, Gutiérrez, Nicolás, tomo 6, f. 224, Archivo General y Público de la Nación.)

**ZAPATITOS.** Véase CABALLO FLACO.

**ZAPOTILLO. Agustín Arrazola.** Don Francisco Arrazola, en su obra *México desde 1808 hasta 1867*, refiere que Arrazola fungió como comandante realista en un pueblo de la Mixteca Baja y que fusiló a muchos insurgentes; pero que el año de 1813 abandonó la causa del rey para unirse a las tropas del caudillo suriano don Vicente Guerrero, con quien siguió combatiendo en favor de la

Independencia. (*Obra citada*, tomo I, pág. 277).

No fue el año de 1813 cuando Arrazola se pasó a las filas insurgentes, porque todavía en marzo de 1814, era realista, pues el día 1º de dicho mes, unido al padre fray Juan Herrera, cura de Jamiltepec, derrotó en este pueblo y en el de Tututepec a unas partidas de insurgentes, quitándoles 50 armas de fuego y 4 cajas de pólvora. (*O. de G. de realistas*, Armijo, Gabriel, tomo 4, f. 62, Archivo General y Público de la Nación.)

**ZARCO, EL. Anastasio Ramírez**, originario del Mineral de Marfil, en Guanajuato, y de oficio adobero.

Fue soldado de la guerrilla que capitaneaba en el Bajío un tal Fonseca, con quien militó algún tiempo hasta el mes de enero de 1819, en que lo capturó el teniente de realistas don José María Prieto, en la Hacienda de Cuevas. Conducido a Guanajuato; se le instruyó allí causa, pero se le consideró comprendido en la gracia de indulto, que le fue otorgada por la Real Sala del Crimen el 29 de mayo de 1820, después de un año de prisión en la cárcel de Guanajuato (*C. de I.*, tomo 108, Archivo General y Público de la Nación.)

**ZORRO, EL. Miguel Hidalgo y Costilla**. El ilustre Padre de la Patria, el esclarecido Caudillo de la Independencia, había hecho sus principales estudios, como es bien sabido, en el Colegio de San Nicolás, de la ciudad de Valladolid, y como la costumbre de aplicar apodosos ha sido y es muy común entre las agrupaciones de estudiantes o escolares, los compañeros de Hidalgo, en el referido Colegio, le aplicaron el sobrenombre de Zorro, tal vez porque el aventajado estudiante había podido dar desde entonces evidentes muestras de sagacidad, de viveza y de cálculo.

En la causa que la Inquisición le formó desde el año de 1800, por asuntos de herejía, se dice lo siguiente:

Que sus astucias, ficciones y engaños los ejercitó en dicho colegio (el de San Nicolás en Valladolid), de manera que sus concolegas le llamaban el Zorro; dando a entender; en esta expresión que así como el Zorro es animal taimado astuto, fingidor y engañador, así este Reo era un verdadero Retrato, e imitador del zorro, en sus astucias, ficciones, mentiras y engaños, como se manifestara en esta Acusación.

(Hernández Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la Independencia*, tomo 1, núm. 55, pág. 130.)

Lo cierto es que bajo la piel de aquel Zorro seminarista, se ocultaba el futuro sacerdote que más tarde, poseído de ardiente amor patrio y animado por el noble sentimiento de ver libre y feliz al pueblo mexicano, acometió con heroica abnegación y arrojo la peligrosa empresa de disputar a España la libertad de Anáhuac; y entonces fue cuando el ignorado y débil Zorro del Colegio de San Nicolás, entró en justa y terrible lucha con el poderoso "León de Castilla".

La vida política del insigne libertador es tan conocida ya en toda la República, que apenas habrá muy pocos mexicanos que ignoren lo que el inolvidable Cura de Dolores hizo en favor de nuestra independencia, o que no sepan que la generosa sangre de aquel preclaro patricio fue derramada en un patíbulo, como precio inestimable de nuestra libertad.

**ZURDO. EL.** Véase VARIOS.